

Por el ganador del CWA Gold Dagger Award

M.W. CRAVEN



«Fantástica.»
MARTINA COLE

«Emocionante.»
MICK HERRON

ABANDONO

Tres historias protagonizadas por **Poe y Bradshaw**

rocabolsillo | thriller

Abandono

Tres historias protagonizadas por Poe y Bradshaw

M. W. Craven

Traducción de Ana Momplet Chico



Rocaeditorial

ABANDONO

TRES HISTORIAS PROTAGONIZADAS POR POE Y BRADSHAW

M.W. Craven

POR EL AUTOR DE *EL SHOW DE LAS MARIONETAS* Y *VERANO NEGRO*. TRES
MARAVILLOSAS HISTORIAS INÉDITAS PROTAGONIZADAS POR WASHINGTON POE.
GANADOR DEL **CWA GOLD DAGGER AWARD**

En «Campo de muerte», Poe y Tilly están desayunando, preguntándose cómo pasarán el resto de sus vacaciones, cuando su presencia es solicitada en un aeródromo de Cumbria. Un aeródromo que durante la crisis de la fiebre aftosa de 2001 se conocía como el «campo de muerte»...

En «¿Por qué no encogen las ovejas?», una pandemia global obliga a Poe y a Tilly a aislarse juntos. Las cosas no salen bien. Discuten y están a punto de pelear cuando Poe encuentra un viejo expediente: un misterio en el que ha estado reflexionando durante años.

En «Dedos de muerto», Poe, Tilly y Edgar, el perro de Poe, disfrutan de un día de descanso en una reserva natural. De pronto se topan con un misterio de hace veinte años, un misterio que no ha podido resolverse hasta ahora.

Descubre al detective Washington Poe. Oscuro, cínico, implacable; un hombre que vive en la soledad de una granja en la parte más desolada de Cumbria. Un hombre cuyos secretos también guardan secretos. Él tiene un pasado que mantiene alejado y otro pasado que aún no conoce.

ACERCA DEL AUTOR

M. W. Craven nació en Carlisle pero creció en Newcastle, donde se unió al ejército con tan solo dieciséis años. Pasó los siguientes diez años viajando por el mundo. En 1995 estudió Trabajo Social especializado en Criminología. En la actualidad se dedica en exclusiva a la escritura. Está casado y vive en Carlisle con su esposa. *El show de las*

marionetas y *Verano negro* son las dos novelas protagonizadas por Washington Poe ya publicadas en castellano.

ACERCA DE LA OBRA

«Fantástica.»

MARTINA COLE

«Emocionante.»

MICK HERRON

A todos los amantes
de los springer spaniel ingleses

Campo de muerte

Los animales no mueren de viejos.

Bueno, algunos sí, claro.

Puede que alguna tortuga de Galápagos llegue hasta el final.

O una de esas medusas eternas.

Tal vez alguna mascota adorada.

Pero esos no son muchos. No lo son si piensas en todos los animales que no son tortugas, medusas o mascotas adoradas.

Para la mayoría de ellos, la vejez es una existencia hambrienta y aterradora. Los depredadores se mueren de hambre. Los animales de presa son devorados. Las vacas de carne son sacrificadas. El ganado lechero deja de producir y se convierte en un lastre económico. Las mascotas ancianas y con problemas de incontinencia se vuelven un problema.

Pero a veces, y solo a veces, ocurre algo mucho peor.

Más brutal que la vejez. Indiscriminado. Implacable. Devastador.

Y, de manera indirecta, a veces mata a seres humanos.

El sargento Washington Poe no estaba pensando en una existencia hambrienta y aterradora aquella mañana: pensaba en qué bonito día hacía. Él y su amiga y compañera Tilly Bradshaw desayunaban fuera. Se estaba planteando tomar otra tostada antes de ir a la Oficina de Turismo de Sellafield.

Él no quería ir a la Oficina de Turismo de Sellafield. Como le había dicho a Bradshaw, antes preferiría prenderse fuego a los dientes. Pero ella había insistido, aduciendo que debería ver el edificio antes de que lo demoliesen. Bradshaw lo había visitado tres veces, y ella vivía en New Hampshire, le dijo. Poe nunca había ido y apenas estaba a media hora de su casa. Poe contestó que con eso se podía hacer una idea de su interés por el combustible nuclear.

Al final, habían llegado a un acuerdo. Es decir, él cedió. Como siempre.

En realidad, tampoco le importaba. Tenían una semana entera libre y disfrutaba de la compañía de Bradshaw. Además, había un pub encantador cerca de la oficina. Hacían pastel de carne y riñones con puré de patatas y mantequilla. Y salsa de verdad. Si no se

demoraban mucho en el parque científico, como lo llamaba Poe, podrían ir al pub antes de que cerrasen la cocina.

—Va a ser genial, Poe —dijo ella—. Tienen uno de esos juegos interactivos en los que te puedes disfrazar de isótopo.

Él se quedó mirándola.

—No me hagas cambiar de idea —contestó.

Antes de ponerse en marcha, Poe tenía que sortear la conversación sobre su alimentación. Esta iba de pan integral, concretamente de la negativa de Poe a comerlo.

—La vida es demasiado corta como para no comer pan blanco, Tilly. Cogió la última tostada. La untó con una generosa capa de mantequilla salada y le dio un mordisco.

—No paras de decir eso, Poe —contestó ella—. Pero lo único que haces es acumular problemas para el día de mañana.

Levantó el pan.

—Solo es una tostada.

—«Eso» es solo una tostada, Poe. Pero también lo eran las otras siete que te has comido.

—Creí que te gustaría —dijo él—. Siempre dices que como demasiada carne.

—Es que es verdad, pero ocho tostadas son demasiadas tostadas.

Poe suspiró e intentó devolver la tostada al plato, pero solo consiguió que cayera al suelo. Afortunadamente, Edgar, su springer spaniel inglés, estaba en alguna otra parte persiguiendo zarapitos, por lo que Poe consiguió recuperarla a tiempo. Coger comida del suelo solía ser la manera más rápida de que te mordiera la mano.

—Típico —gruñó.

La tostada había caído por el lado de la mantequilla y se había cubierto de hierba seca y polvo. Probablemente, caca de oveja. Y aunque Poe era un defensor entusiasta de la ley de los cinco segundos, todo tenía un límite. La dejó en su plato, desilusionado. Ahora ya no podría pensar en otra cosa. Volvió a cogerla. Se planteaba rasparle un poco la mugre.

—¿Qué es típico, Poe?

—¿Eh?

—Has dicho que algo era típico...

—Mi tostada, que siempre cae por el lado de la mantequilla. Es típico de mi mala suerte, supongo.

Ella le lanzó una mirada que conocía bien.

—Es matemática, Poe, no suerte —dijo sin rastro de ironía—. La tostada suele caer desde la mesa y, cuando lo hace, casi siempre tiene la parte untada hacia arriba. A no ser que haya factores externos involucrados, la velocidad de rotación no suele ser lo suficientemente rápida como para que complete una vuelta entera antes de alcanzar el suelo. Si las mesas midieran tres metros de alto, entonces diríamos que la tostada siempre parece caer con el lado de la mantequilla hacia arriba.

Poe no dijo nada.

—De hecho, yo no diría que la tostada siempre parece caer con la mantequilla hacia arriba, pero la gente que no sabe de constantes físicas fundamentales sí lo haría. Si quieres, te lo explico con números.

—Prefiero vestirme de isótopo.

Bradshaw no contestó.

—¿Qué pasa? —dijo Poe.

—Viene alguien.

Poe no solía recibir visitas informales. Su aislada cabaña de pastor se encontraba en Shap Fell, una montaña azotada por el viento y atestada de ovejas.

La carretera más cercana estaba a algo más de tres kilómetros y solo se podía acceder a pie o con un quad. La mayoría de la gente no lograba encontrarla, aunque les diera indicaciones.

Sin embargo, Bradshaw tenía razón: alguien venía. Era un hombre. Observaron cómo se acercaba. Estaba claro que era un policía: el pelo corto y el traje práctico y apto para lavadoras lo decían todo. Esperanzado, Poe pensó que su semana libre tal vez estaba a punto de perder un día.

—Hola —dijo Bradshaw.

—Hola —contestó el hombre—. Disculpen, he interrumpido su desayuno.

—Qué va, me gusta sostener tostadas —dijo Poe—. ¿Quién es usted y qué quiere?

—Soy el agente Mike Penhaligon. Me han pedido que venga a buscarle.

—¿Por qué?

—Tenemos un problema.

—¿Qué problema?

—Me han dicho que sus primeras impresiones son especialmente intuitivas, de modo que tengo órdenes de decir solo una cosa: hemos encontrado dos cadáveres.

—Ya no trabajo para la policía de Cumbria. Tilly y yo trabajamos para la Sección de Análisis de Delitos Graves de la Agencia Nacional del Crimen.

—Lo sabemos, sargento Poe, pero la comisaria Nightingale está a cargo de la investigación y le ha solicitado personalmente a usted.

Eso era extraño. Nightingale era una gran policía, gran comisaria y tenía un sólido equipo a su alrededor.

—¿Por qué? —preguntó Poe—. Jo sabe lo que hace.

—Las circunstancias son... poco habituales. Creyó que tal vez usted podría aportar algo más.

—Vamos —dijo Poe.

Condujo Penhaligon. Hasta Carlisle y luego a la izquierda. Hacía un día caluroso. Poe y Bradshaw llevaban la ventanilla bajada. El aire empezó a cobrar un desagradable olor dulzón. Cuando Penhaligon giró hacia el aeródromo de Great Orton, Poe empezó a atar cabos. Subió la ventanilla y aconsejó a Bradshaw que hiciera lo mismo.

—¿Vamos adonde creo que vamos? —le preguntó a Penhaligon.

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—Será mejor que lo vea usted mismo.

El brote de fiebre aftosa de 2001 destrozó a Cumbria. Fue la epidemia animal más grave de la era moderna y convirtió un condado normalmente tranquilo en un lugar de confusión, matanza y desesperación. Más de una cuarta parte del ganado de Cumbria, la mayoría sano, tuvo que ser sacrificado. Programas de cría que se habían ido acumulando con las generaciones anteriores cayeron aniquilados por la pistola del matarife. Y sus legados, borrados.

Poe recordaba aún los miles de pediluvios químicos, los carteles que decían «NO PASAR: ANIMALES EN OBSERVACIÓN», las señales de «NO ABANDONAR LA CARRETERA», y de «CERRADO» en parques, bosques y hasta en zonas infantiles. Recordaba lo inquietantes que se veían las montañas sin ovejas. Los pubs y los pueblos vacíos. La fiebre aftosa había diezmando la industria turística. Prohibida la entrada a los lagos y las montañas, Cumbria tenía poco más que ofrecer.

Con sus casi tres kilómetros y medio de fosas comunes, el aeródromo abandonado de la Royal Air Force en Great Orton se convirtió en el cementerio de la fiebre aftosa en Cumbria. Localmente conocido como el «campo de muerte», es el lugar de enterramiento masivo más grande del mundo. Medio millón de animales están sepultados en sus veintiséis fosas.

El ganado muerto, sacrificado en las granjas, era transportado hasta allí dentro de contenedores a prueba de fugas en camiones articulados. Los animales sanos llegaban vivos, eran colocados en fila y sacrificados por matarifes del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Luego los echaban a fosas de veinte en veinte.

Los animales siguen allí.

Pudriéndose.

Descomponiéndose.

Goteando...

Penhaligon aparcó al final de una larga fila de vehículos. La mayoría de ellos eran de policía, pero también había furgonetas de la Agencia del Medio Ambiente. Poe podía distinguir siluetas informes vestidas con grandes trajes de protección biológica trabajando dentro un cordón montado apresuradamente alrededor de una fosa recién abierta. Algunos estaban dentro del agujero, otros se movían por los bordes. No sabía si eran de Medio Ambiente o de la policía científica. Probablemente, ambos, pensó. Un montón de policías esperaban junto al cordón exterior, todos ellos con mascarilla.

—La jefa le está esperando ahí dentro, sargento —dijo Penhaligon. Les entregó una mascarilla a cada uno—. Será mejor que se las pongan. No anulan del todo el olor, pero al menos no se les meterá nada flotando por la boca.

—Póngame seis, por favor —dijo Bradshaw.

Poe se acercó al grupo de policías junto al cordón. A cada paso que daba, el apestoso olor a animal se tornaba más intenso. Cuando llegó al cordón, el hedor denso y empalagoso a tejidos en descomposición, el fango de cuerpos pudriéndose, penetraba ya la barrera permeable de su mascarilla. Le recordaba a un caso anterior, en el que quemaban a hombres vivos en los muchos círculos de piedra de Cumbria. Uno de los policías que participaban en aquella investigación describió el olor como *miasmático*. Poe tuvo que buscarlo en el diccionario. Significaba vapores nocivos procedentes de materia orgánica en descomposición. No podía haber una palabra más adecuada para aquel día.

El olor le llegó a la garganta produciéndole una arcada.

—¿Sabías que la nariz es el único órgano que puede ver el pasado, Poe? —preguntó Bradshaw—. El olor es retrospectivo. Ya ha ocurrido.

Poe agradecía su intento de distraerle: creía que a ella le servía tanto como a él. Y habría funcionado si no hubiese empezado a oír un zumbido. Miró hacia el foso. Los

cuerpos parecía que se movían. Sabía que solo se trataba de una ilusión. Eran moscas. Millones de rechonchos moscardones dándose un banquete con su rancio botín. Poniendo huevos. Al cabo de pocos días, el foso estaría lleno de gusanos.

—Puedes quedarte en el coche si quieres, Tilly.

Bradshaw negó con la cabeza y endureció la expresión. Parecía decidida. Ella había venido para quedarse.

Una mujer alta se separó del grupo. Tenía el pelo corto y oscuro, y los ojos más verdes que Poe había visto jamás. Se llamaba Jo Nightingale y ya habían colaborado en varios casos. Esa mujer era uno de los pocos policías que respetaba.

—Cuánto tiempo, Poe —dijo—. ¿Qué hay, Tilly?

—Hola, comisaria Nightingale.

—¿Sigues intentando que Poe deje de comer como un adolescente?

—¿Qué ha pasado, jefa? —preguntó Poe, queriendo evitar otra conversación sobre pan blanco.

Ella señaló el hoyo.

—Esta es la fosa número catorce. Estaban haciendo un control rutinario de la tierra en la zanja interceptora, una especie de foso alrededor de la fosa, para monitorizar la bioseguridad y la calidad del agua, y detectaron una rotura.

—Y eso significa...

—Que la fosa tiene una fuga.

—¿No estaban selladas?

—Sí.

—Pero tiene fugas... Creía que estas cosas eran impenetrables.

Nightingale se encogió de hombros.

—Se supone que lo son. DEFRA utilizó revestimientos de arcilla geosintética en ellas. De medio metro de grosor. La fosa tiene sumideros y zanjas de desagüe. Pozos de perforación para comprobar el nivel freático.

—Pero ¿ha fallado?

—La teoría dominante es que uno de los cuerpos se había descompuesto hasta el esqueleto. El peso de los animales que tenía encima fue empujando hacia abajo e hizo que uno de sus huesos más grandes atravesara la arcilla. Como una especie de raíz de árbol invasiva.

Señaló un corte nuevo en el suelo. Era una fosa nueva, adyacente a la putrefacta que estaban exhumando.

—DEFRA la abrió ayer. El plan era exhumar los cuerpos de los animales de la fosa con fugas y transferirlos a esta nueva. Tiene un revestimiento más moderno. Todo debía

hacerse en un día.

Poe veía un montón de huesos y vellones en descomposición en un extremo. Calculó que solo habían transferido una quinta parte de los ocupantes de la fosa con fugas.

—¿Y encontraron algo que no esperaban?

Nightingale asintió.

—Los restos de dos hombres adultos —dijo—. Atados de pies y manos con alambre de espino, y amordazados con lana esquilada de oveja.

—¡Madre mía! —dijo Bradshaw.

—Y eso no es lo peor. Los cosieron dentro del cuerpo de vacas muertas.

—Caray —dijo Poe—. Eso es nuevo.

—Desde luego. Alguien extrajo las tripas a dos vacas. Les sacó los pulmones, el estómago, los intestinos y el corazón para hacer hueco. Metió a los hombres dentro, creemos que vivos, porque sus pulmones están llenos de flujos de animal, y cosió otra vez a las vacas con hilo para empacar.

—Poe —dijo Bradshaw—. Si no te importa, creo que sí me voy a volver al coche.

—Me parece buena idea, Tilly. No hace falta que veas esto.

—Si quieres, puedo ir a buscarte algo de comer...

—Descuida, no tardaré.

Nightingale le miró de forma extraña, pero no dijo nada.

—Supongo que llevan aquí desde el 2001, ¿no? —preguntó Poe.

—Sí, están tan descompuestos como los animales. El ganado infectado era sacrificado en sus granjas de origen. A veces tardaban una semana antes de recogerlos para enterrarlos. Suponemos que quienquiera que esté detrás de esto se coló de noche en una granja infectada, los cosió dentro de dos vacas muertas y los dejó allí para que los recogiera el ejército. Eso explicaría por qué los amordazaron.

—Qué manera tan espantosa de morir —dijo Poe.

—Su tono no va con sus palabras, sargento Poe —dijo Nightingale—. ¿Sabe algo que yo no sé? ¿Y por qué le ha dicho a Tilly que no tardaría? Me vendría bien su ayuda en todo esto.

Poe no contestó.

—¿Quiere verlos? —preguntó Nightingale—. La patóloga del Ministerio del Interior sigue en la fosa, pues no sabemos cómo recuperar los cuerpos intactos. Yo he sugerido un tamiz, y no estaba del todo de broma.

—No hace falta.

—Creo que vamos a necesitar un antropólogo forense para identificarlos —añadió ella—. Nunca me había encontrado cuerpos en este estado. La verdad, no sé por dónde

empezar.

—Se llaman Mark Strawbridge y Vince O´Connell, y son de Newcastle —dijo Poe—. Si llama a la comisaría de Northumbria, le darán todo lo que necesita. Hay un expediente abierto sobre ellos.

Nightingale se quedó boquiabierta.

—¿Cómo demonios...?

—¿Sabe lo que es el *hefting*, jefa? —dijo Poe.

—He oído la palabra, pero nunca me he molestado en averiguar qué significa.

—Es una antigua técnica de pastoreo. Si una zona tiene hierba de mala calidad, y las montañas de Cumbria son un buen ejemplo, hacen falta ovejas capaces de vagar y buscar alimento en superficies extensas para sobrevivir. Necesitan mucho más espacio que las especies de tierras bajas, y eso hace que no sea práctico encerrarlas. No resulta rentable. Por eso, hace ya varias generaciones, los pastores convencían a sus rebaños de quedarse en su parte de la montaña sin necesidad de construir muros de piedra seca o vallas. Lo hacían alimentándolos todos los días en un mismo sitio al anochecer. Durante el día, las ovejas no iban muy lejos. Y al final, al pastor ni siquiera le hacía falta comida. Cuando el conocimiento se hacía intergeneracional, se podía decir que el rebaño estaba *hefted*. Era fiel a una montaña concreta, y esa fidelidad duraba para *siempre*.

—Vale...

—Hay ganaderos que tienen la misma fidelidad que su ganado a la tierra. Harían lo que fuera para protegerla.

Nightingale se quedó pensativa.

—¿Sabía que, durante la crisis de la fiebre aftosa, solo se indemnizaba a los ganaderos si sus animales eran sacrificados? —continuó Poe—. Aquellos que sufrieron las restricciones de movimiento impuestas por el Gobierno no recibieron nada.

—No lo sabía.

—Económicamente, los ganaderos con restricción de movimiento salieron mucho peor parados que los que tuvieron que sacrificar a sus animales, porque a ellos no les correspondió ninguna indemnización, y tampoco tenían forma de transportar o vender su ganado.

—¿Cree que esto está relacionado con un fraude de seguros?

Poe asintió.

—En 2001 yo patrullaba la calle —dijo—. Me llegó un rumor. En realidad, no llegaba a ser un rumor, pero tenía un halo extraño de verdad. Dos tipos de la zona de Tyneside

estaban proponiendo una salida a los ganaderos que no tenían animales infectados. Habían conseguido cadáveres de animales enfermos y les ofrecían dejarles uno en sus tierras para infectar a su ganado por una determinada cantidad de dinero. De ese modo se asegurarían de recibir la indemnización. Y no perderían su granja.

—¿Cree que alguno aceptó la oferta?

—¿Que si creo que hay ganaderos dispuestos a infectar a sus animales a propósito solo para salvar su sustento?

Nightingale asintió.

—Pues sí —dijo él—. Yo creo que algún ganadero al menos se plantearía la vía fácil. —Hizo una pausa y se quedó mirando y asimilando la espantosa escena que se desarrollaba a doscientos metros—. Y esto es lo que creo que pasó. Creo que hay un ganadero ahí fuera que habló con estos dos hombres. Oyó cómo se ofrecían a destruir el legado de su familia. Todo por una indemnización del seguro. Creo que valoró la situación y llegó a la conclusión de que aquellos hombres eran un peligro. Que, aunque él los mandara a su casa con un montón de perdigones en el culo, a saber si su vecino haría lo mismo. Y si una granja se infectaba, todas las que hubiera en un radio de cinco kilómetros se consideraría infectada.

—¿Cree que él los mató?

—Creo que hizo lo que mejor se les da a los ganaderos.

—¿Y es?

—Identificar el problema y eliminarlo.

—Una solución permanente —dijo Nightingale.

—Y disuasoria.

Nightingale asintió.

—¿Cómo lo averiguó?

—El padre de mi compañero era veterinario —dijo—. Me habló de un ganadero que decía que le habían ofrecido una oveja infectada por quinientas libras.

—¿Investigó?

—Para satisfacer mi curiosidad, únicamente.

—¿Y?

—Y los rumores habían parado. Eso significaba que, o era una leyenda rural, o...

—O eso —interrumpió Nightingale, señalando la fosa de enterramiento.

—O eso —coincidió Poe—. Así que me puse en contacto con Northumbria y les pedí que me hablaran de todas las personas desaparecidas que tenían. Strawbridge y O'Connell encajaban a la perfección. Ambos desaparecieron más o menos cuando dejó de

correr el rumor, y los dos tenían antecedentes por delitos rurales. Robo de ganado y de equipo agrícola. Caza furtiva.

Nightingale se quedó pensando unos instantes.

—O sea, que se esperaba esto, ¿no?

—No tan bestia —dijo—. Pero no me habría sorprendido si hubieran aparecido en un tanque séptico viejo o una fosa de purines. Después de los mataderos, las granjas son donde más cuerpos se desechan.

—Strawbridge y O'Connell estarán en la base de datos de ADN —dijo Nightingale—. Si son ellos, tendremos la confirmación dentro de un par de días. ¿Quiere que le mantengamos informado?

Poe sacudió la cabeza.

—No —contestó—. Y le voy a decir dos cosas. Una: este crimen no se resolverá nunca. Strawbridge y O'Connell ofrecieron este servicio al ganadero equivocado y pagaron por ello. Seguro que no le contó a nadie lo que hizo, y sus técnicas de recuperación de pruebas forenses no podrán hacer nada con animales que llevan veinte años descomponiéndose.

—Ya lo ha dicho la patóloga. Ningún vestigio de pruebas...

Poe gruñó.

—Me iba a decir dos cosas —continuó Nightingale.

—Que esto me importa una mierda —dijo, bajando la voz—. Strawbridge y O'Connell ofrecieron a un hombre honrado algo «deshonroso» y pagaron el precio máximo. No estoy diciendo que se merecieran algo así, pero algo se merecían, desde luego. No derramaré ni una lágrima por ellos.

Y con eso dio media vuelta y se fue. Bradshaw se unió a él en el coche de Penhaligon.

—¿Estás bien, Poe?

—Sí, Tilly —contestó, y luego le explicó lo que había ocurrido.

—Es terrible —dijo ella.

—Lo es. Pero, venga, que es nuestra semana libre: que Penhaligon nos lleve a casa y vamos a tu parque científico.

—Vale, Poe. Pero primero deberíamos ir a por tu pastel de carne y riñones. Cierran la cocina pronto y la Oficina de Turismo de Sellafield está abierta hasta las seis.

Poe se volvió a mirar el montón de cuerpos de animales en descomposición en la fosa nueva. Humeaba. Ladeó la cabeza y entornó los ojos: tal vez fuera su imaginación, pero aquel montón tenía forma de pudín.

—Ya no me apetece, Tilly —dijo—. Creo que me comeré un sándwich de beicon.

—¿Con pan integral?

—Ya te he dicho que la vida es demasiado corta como para no comer pan blanco.

Bradshaw se quedó callada, pero no por mucho tiempo.

—Comes demasiada carne, Poe...

¿Por qué no encogen las ovejas?

— *N*o sé si deberíamos fiarnos de un termómetro calibrado para el recto de un perro.

Ese fue el detonante. Quince palabras. También estuvo el faisán, claro. ¿O era un pavo real? Y un olor que podía ser de algo en la nevera, aunque también podía venir de «detrás» de ella. Eso nunca se llegó a aclarar.

Pero, sobre todo, fueron esas palabras. Quince palabras. Quince «desafortunadas» palabras.

Desafortunadas para el sargento Washington Poe.

Y mucho más para otra persona...

Día 1

*T*illy Bradshaw decía que la tos de Poe era constante. Poe decía que no. Que simplemente se le había ido por el otro lado una patata frita.

—Y apenas hay casos en Cumbria —añadió.

Bradshaw sacudió la cabeza.

—Eso da igual, Poe —dijo—. Esto no se extiende como la gripe. El RO de la gripe está en alrededor de 1,3. Es el término matemático que indica lo contagiosa que es una enfermedad infecciosa. Pero el RO de este virus está en tres, y «nadie» se ha vacunado. Eso significa que, si una persona contagia a tres, y esas tres infectan a otras tres personas cada una, y la cosa sigue así, al cabo de diez días, la primera persona habrá infectado indirectamente a cincuenta y nueve mil personas. Y tres días más tarde, serán más de un millón.

—¡Estás de broma! —exclamó él.

Por supuesto que no lo estaba. Casi nunca bromeaba, y cuando lo hacía, nunca era con las matemáticas. Era más probable que el papa dijera que las últimas palabras de Jesucristo en la cruz fueron «Volveré dentro de tres días; no os comáis mis huevos de Pascua», que de que Bradshaw bromeara con las matemáticas. Para ella sería un sacrilegio.

—Pero si hace siglos que no salgo de casa...

—Anoche estuviste en el pub.

—Aparte del pub, no he salido de casa desde hace siglos.

—El martes fuiste a la carnicería.

—Vale, sí, y en la carnicería.

—También fuiste el miércoles.

—Se me habían olvidado por completo las salchichas. Pero, aparte de eso, no he visto a casi nadie.

—«Yo» estoy aquí, Poe.

Sí que lo estaba. La Sección de Análisis de Delitos Graves, o SCAS, unidad de la Agencia Nacional del Crimen que investigaba a asesinos y crímenes sin móvil aparente, se encontraba en la extraordinaria situación de no tener casos abiertos. Poe había acumulado muchas bajas. Él insistió en que prefería que se las pagaran, pero su jefa, la inspectora Stephanie Flynn, le mandó a la mierda.

—No pienso dejar que te pases otra vez un año entero sin cogerte una baja, Poe —le dijo Flynn—. Fue una estupidez. Tilly también necesita un descanso, y sabes que no se lo tomará a no ser que lo hagas tú. Cógetela antes de que se cierre el país.

Y allí estaban. Cumbria en primavera. Un tiempo glorioso. Borregos recién nacidos retozando. Aves anidando. Narcisos por todas partes. Bradshaw había cogido una habitación en el cercano hotel de Shap Wells. Tenía un itinerario planeado, pero entonces el virus empezó a extenderse por todo el país y los lugares que quería visitar quedaron cerrados, así que tenían que volver a pensar. Y de eso iba la cosa hoy.

O «debería» haberlo sido, si Poe no hubiera empezado a toser.

—¿Tienes fiebre, Poe?

Se tocó la frente.

—No.

—Creo que deberíamos comprobarlo.

—Vale —dijo—. Mañana iré a comprar un termómetro.

Algunas batallas no valía la pena librarlas. Y era lo más responsable. Las cifras de Ro de Bradshaw eran impactantes.

—No hace falta, Poe; tengo uno aquí —dijo. Sacó un termómetro de al lado del sofá y se inclinó hacia él—. Abre...

Así lo hizo. Bradshaw le metió el termómetro en la boca y él se lo colocó debajo de la lengua. Así era como creía que se debía hacer.

—*¿E oe oa hacao?* —le preguntó.

—¿Perdona?

Poe se sacó el termómetro un momento.

—Que de dónde lo has sacado. Sé que cuando me visitas siempre vienes preparada, pero ni tú habrías traído un termómetro.

—Es tuyo, Poe. Lo encontré ayer cuando buscaba una manzana.

—¿Lo encontraste? ¿Aquí?

—Desde luego, no encontré una manzana.

Poe se lo volvió a meter en la boca y frunció el ceño. En la vida había tenido un termómetro.

—*Eheme eoe o ahahe.*

—¿Qué dices, Poe?

Se sacó el termómetro de nuevo.

—Enséñame de dónde lo sacaste, Tilly.

Bradshaw se acercó a un armario y sacó una caja de madera. La levantó para que la viera.

—¿Estás de coña? —exclamó Poe.

Miró el termómetro y lo arrojó como si abrasara. Cayó sobre la alfombra. Corrió al fregadero a enjuagarse la boca. Luego estuvo un minuto haciendo gárgaras.

—Pero ¿qué pasa, Poe?

—¡Es el termómetro de Edgar, Tilly!

Al oír su nombre, el springer spaniel abrió los ojos y golpeó el suelo con la cola.

—¿De Edgar? —dijo Tilly.

—¡Sí..., de Edgar! El veterinario quería que le controlara la temperatura cuando se comió aquella gaviota muerta y no paraba de vomitar.

Bradshaw frunció el ceño.

—Pero ¿cómo sabe mantenerlo en la boca?

—Tilly, es un termómetro «rectal». Se le pone en el culo. —Miró el fino tubo de cristal sobre la alfombra. Brillaba con su saliva—. Y acabo de metérmelo en la puta boca.

Bradshaw lo miró.

—Ah —dijo.

Lo recogió. Buscó la lectura, y miró a Poe.

—¿Qué? —dijo él.

—Tienes fiebre, Poe.

—En fin, así es como acabé con la boca llena de mierda de perro —dijo Poe, hablando a su portátil.

El rostro de Flynn ocupaba toda la pantalla; Poe estaba dentro de un cuadradito en la esquina superior derecha. Odiaba las videollamadas. No entendía la necesidad de ver a la persona con la que uno hablaba. Desde luego, no comprendía por qué él también tenía que aparecer en la pantalla. Pero sospechaba que ese debía de ser el máximo deseo del ególatra: mirarse mientras habla.

—Tilly dice que tienes que aislarte —dijo Flynn.

Poe notaba que estaba intentando contener la risa.

—Tilly no es doctora —contestó.

—Sí que lo soy —intervino Bradshaw.

—No doctora «de verdad».

Estaba sacando brillo al termómetro de Edgar. Lo levantó para que Poe viera lo limpio que estaba. Él le lanzó una mirada asesina.

—A ver, ¿qué ha dicho el doctor en «medicina»? —preguntó Flynn.

—Que estoy bien.

—Tilly, ¿qué ha dicho?

—Que Poe tiene que aislarse durante siete días.

—¿Algo más?

—Cuando le preguntó a Poe si le preocupaba alguna cosa más, él dijo: «¿Por qué no encogen las ovejas cuando llueve?».

Flynn no reaccionó al instante.

—Me resulta extrañamente reconfortante que seas un gilipollas con todo el mundo, Poe —dijo por fin.

—Lo único que digo es que no creo que debamos confiar en un termómetro calibrado para el culo de un perro —replicó él.

—Tilly dice que también tienes tos.

Poe no contestó. No se encontraba mal, pero la cifra de cincuenta y nueve mil afectados que Tilly había mencionado seguía resonando en su cabeza.

—¿Poe?

—De acuerdo —dijo, con un suspiro—. Me quedaré aquí siete días. Pero ni un segundo más.

—En serio que no entiendo por qué te quejas, Poe —dijo Flynn—. Edgar y tú completamente solitos en esa montaña tuya. Y una orden gubernamental de no interactuar con nadie. ¿No es esa tu idea del nirvana?

Bradshaw se aclaró la garganta. Parecía intranquila.

—¿Qué pasa? —dijo Poe.

—La inspectora Flynn ha pasado por alto un asunto importante.

—¿Cuál?

—Yo también me tengo que aislar.

—¿Por qué? Si tú no estás tosiendo. Y no creas que no te he visto meterte el termómetro de Edgar en la boca antes. Si tuvieras fiebre, lo habrías dicho.

—No, Poe, tiene razón —dijo Flynn—. Las directrices son explícitas. Cualquier persona que esté en la misma casa que alguien con sintomatología también tendrá que aislarse.

Catorce días.

—No pasa nada —dijo Poe—. Tilly es casi peor que yo en lo de querer que la dejen en paz.

Flynn sonrió satisfecha.

—Creo que no entiendes lo que estoy diciendo —dijo—. Tilly no puede volver al hotel ni a su casa.

—No entiendo, ¿y dónde se supone que ha de quedarse?

Y, de repente, cayó...

—¡No querrás decir que aquí!

—Será divertido, Poe —dijo Bradshaw—. Podemos aprender algún idioma extranjero.

Poe hundió la cabeza entre las manos y gimió.

—Esto va a ser épico —dijo Flynn.

Día 2

—*N*o me estás escuchando, ¿verdad, Poe?

—Curiosa manera de empezar una conversación, Tilly.

—Uy, sí, ja, ja. Te he preguntado que qué hacías. Llevas una hora al ordenador.

—Escribiendo correos para decir a la gente que, como tengo la peste, no estoy disponible para reuniones.

Se quedó mirándole sin expresión.

—¿Por qué? Tú siempre dices que no estás disponible para reuniones, de todas formas.

—Para cabrearlos.

—Llevas la camiseta del revés —dijo ella finalmente.

SALTO—¿A qué hora viene Victoria Hume? —preguntó Bradshaw.

—Pronto. Dejará todo fuera para que no tengamos contacto con ella. Es época de parición y no puede permitirse enfermar.

A pesar de que vivía a más de tres kilómetros, Victoria era la vecina más cercana de Poe. Criaba ovejas y eran buenos amigos. Ella cuidaba de Edgar cuando Poe estaba fuera, y él le dejaba usar sus tierras gratis. La había llamado para pedirle que les llevara algunas cosas para los próximos siete días.

—¿Qué va a traer?

—Combustible para el generador —dijo Poe—. Carne. Patatas. Un termómetro que no haya estado en el culo de un perro. Lo de costumbre.

—¿Trae algo para mí?

Poe asintió.

—Le he mandado un mensaje con lo que querías. Pero ha tenido que irse hasta Ulverston. Al final, lo encontró todo en una tienda rara de una mujer que se llama Moonchild, Hijo de la Luna.

—Pues esta noche voy a prepararnos un pastel de lentejas, Poe.

—Me estás consintiendo... —dijo.

—Y mañana, tenemos que buscar algo que hacer.

Día 3

—¿Vamos a dar un paseo, Poe?

—Sí, abuela.

—¿Perdona?

—Los viejos salen a pasear, Tilly. Pero sí que me apetece caminar. Además, Edgar quiere salir.

—¿Qué haces? —preguntó Poe.

—Estoy mirando a ver si hay alguna denuncia de desaparición de un pavo real.

—¡Ya te lo he dicho! —saltó Poe—. ¡Eso era un faisán!

—Era un pavo real —insistió ella con terquedad.

—Necesitamos algo que hacer —dijo él.

Día 4

Un extraño olor salía de la nevera. Poe había estado sacando cosas y oliéndolas una a una. Por ahora, no había sido capaz de encontrar el origen. Y ya había tirado un montón de comida. Una bolsa de lechuga que compró en un momento de desacertado optimismo. Un poco de queso tan mohoso que estaba a punto de dar el salto evolutivo y desarrollar pulmones. También había tirado la leche. No porque estuviera agria, que no lo estaba, sino para que Bradshaw dejase de estropearle las tazas de té. Esa chica tenía una mente que se daba una sola vez en cada generación, pero evidentemente no entendía qué significaba «una gotita».

Poe se rindió. El olor seguía ahí, y no era de la comida. Se preguntaba si vendría de detrás de la nevera. No había mucho espacio entre la parte de arriba y la parte inferior de la encimera, así que tuvo que sacarla maniobrando poco a poco.

Mientras tiraba de la nevera hacia sí, algo cayó por detrás.

Estiró el brazo y lo sacó.

Era una carpeta.

Un viejo expediente.

Sonrió.

Por fin tenían algo que hacer.

Podían empezar mañana.

Día 5

— *E*ste es uno de los casos más exasperantes en los que he trabajado, Tilly —dijo—. De hecho, yo era el único que creía que hubiera caso.

El expediente que había caído detrás de la nevera pertenecía a una antigua investigación. Una investigación extraoficial, para ser más exactos. Una especie de caso *hobby*. Uno que no había sido capaz de dejar. Cada vez que tenía tiempo libre, volvía a él. Poe recordó haberlo escondido debajo de la encimera de la cocina antes de que la SCAS se reuniera en Herdwick Croft durante el caso del Hombre Inmolación. Había olvidado que estaba allí.

—¿Cuándo fue esto, Poe? —preguntó Bradshaw.

—Un par de años antes de que empezaras, Tilly. Yo seguía de inspector y Flynn era mi sargento.

—¿Cómo se llamaba la víctima?

—Michael John Sims.

—No lo recuerdo de la base de datos de casos derivados, Poe.

—Es que nunca fue oficial. La hermana de Michael, Mary Picken, fue quien intentó que se derivara.

—¿Lo intentó?

—El forense dictaminó que fue una muerte accidental. Sin crimen, no hay caso.

—¿Por qué contactó Mary Picken con la SCAS?

—Será mejor que te cuente lo que pasó, Tilly.

—Michael John Sims se ahogó en la bañera después de sufrir un ataque de epilepsia —dijo Poe—. Eso es un hecho y no se pone en duda. Ni siquiera Picken lo cuestiona.

—De acuerdo —dijo Bradshaw.

—La puerta del baño estaba abierta, pero el resto de la casa estaba cerrada con llave.

—¿Vivía solo?

—Con su pareja. —Poe cogió la carpeta del expediente, sacó una foto y se la pasó—. Heather Fitt. Trabajaba en educación para adultos. Licenciada en Literatura Inglesa.

Bradshaw resopló.

—Eso no es una carrera —dijo—. ¿Cómo puede ser una carrera pasarse tres años leyendo cuentos?

—Lo que quiero decir, Tilly, es que por algún motivo, ella quería que yo supiese que era licenciada en Literatura Inglesa. Nunca entendí por qué.

—¿Qué reveló la autopsia?

—Sims tuvo lo que se llama un ataque tónico-clónico. Le dejó inconsciente y se ahogó.

—Entonces, el veredicto del forense parece acertado —dijo Bradshaw—. Tuvo un ataque epiléptico en el baño y se ahogó. ¿Por qué pensabas que fue otra cosa?

—Su hermana estaba tan segura... —contestó Poe—. Decía que su hermano era rico y que Heather Fitt solo estaba con él por su dinero. Que llevaba años intentando quedarse embarazada y acababan de averiguar que no podía concebir.

—No entiendo.

—Picken creía que la única razón de que Heather quisiera tener hijos era para asegurar su futuro.

—Y cuando descubrió que no podía quedarse embarazada, hizo que le mataran.

Poe asintió.

—Pero ¿cómo? —preguntó Bradshaw—. Era epiléptico y murió durante un ataque en una casa cerrada a cal y canto. Es muy triste, claro, pero esas cosas pasan.

—Mary no sabía cómo. Solo sabía que su hermano «había sido» asesinado.

—¿Heather Fitt lo heredó todo?

—La casa. Las acciones y los ahorros —dijo Poe—. En total, ascendía a casi tres millones de libras. Al principio, investigué un poco para satisfacer mi curiosidad. Revisé los expedientes del forense, el informe de la policía metropolitana y la investigación policial. Accedí a sus registros telefónicos. Lo habitual.

—¿Y qué encontraste, Poe?

—Ni una mierda. Nada remotamente sospechoso.

—Entonces, ¿por qué tienes un expediente secreto?

—Porque, cuando le dije a Mary Picken que su hermano no había sido asesinado, me pidió que hablara con Heather Fitt antes de cerrar mi investigación.

—¿Y lo hiciste?

Poe asintió.

—Y se le escapó alguna cosa que te convenció de que había algo más detrás de la muerte de Michael John Sims, ¿verdad?

—No es que se le escapara algo, Tilly —contestó Poe—. Me dijo que le mató ella.

—¿Cómo? —dijo Bradshaw—. ¿Y por qué no está en la cárcel?

—Porque cuando le tomaron declaración oficial, negó lo que me había dicho.

—¿La detuviste?

—Acababa de confesar que había asesinado a su pareja. Claro que lo hice.

—Y, entonces, ¿qué pasó?

—Que lo negó.

—¿Dijo que era todo una mentirijilla tuya?

—Lo insinuó. Le contó a los policías que le tomaron declaración que «se sentía» responsable. Michael no debía bañarse estando solo en casa; como ella no hizo nada para evitarlo al enterarse de que seguía haciéndolo cuando ella no estaba, su muerte era en parte responsabilidad suya. Su abogado dijo que yo había malinterpretado deliberadamente sus palabras.

—¿Por qué crees que confesó? ¿Crees que le entró el pánico antes de pedir asesoramiento legal?

—Para nada, Tilly. Creo que quería que alguien supiese lo lista que había sido. Que había cometido el asesinato perfecto. Disfrutaba sabiendo que yo no podía hacer nada al respecto. Evidentemente, seguí insistiendo un tiempo. Hasta fui a verla con micrófonos. Pero nada. No soltó prenda que pudiera incriminarla. Al final, su abogado presentó una queja contra mí y dieron orden de que me alejara de ella. Oficialmente se dictaminó que no había habido ninguna actividad criminal en el caso.

—Menuda sinvergüenza —dijo Bradshaw—. ¿Cómo sabía ella que Michael John Sims estaba bañándose, y no duchándose, si no estaba en casa?

—Decía que le echaba de menos y le llamó por teléfono para expresárselo. Él le dijo que estaba a punto de meterse en la bañera y que si podían hablar más tarde. Ella le propuso hacer algo mejor.

—¿Qué significa eso?

—Le pidió que la avisara cuando estuviese en la bañera. Según ella, le envió un vídeo suyo desnuda. Mencionó que quería evitar que pensase en otras mujeres.

—Ah —dijo Bradshaw—. ¿Y se lo mandó?

—Eso creemos. En su teléfono «había» un mensaje, pero no pudimos verlo. Lo envió por una aplicación llamada FlitTalk. No entiendo la parte técnica, pero, por lo que me dijeron, en cuanto el mensaje se ha visto, se autodestruye, o algo así. Aparentemente, es para que la gente no sea víctima de venganzas pornográficas meses o incluso años después.

Bradshaw asintió.

—FlitTalk usa criptografía asimétrica, así que es segura ante la mayoría de los ciberataques. Algo parecido a Snapchat. Los mensajes borrados se conservan veinticuatro meses en sus servidores, pero los usuarios no pueden acceder a ellos una vez visualizados.

Aquello le sonaba como si le estuviera hablando en chino. Y se lo dijo.

—FlitTalk usa la clave pública del destinatario, además de la otra clave privada que encaja con la pública. El usuario envía un mensaje encriptado con la clave pública, y entonces es descifrada por la clave privada correspondiente del destinatario.

Edgar gimió. Poe también.

—Seguro que para acordarme de eso tengo que olvidar algo importante —dijo.

—A veces, hablar contigo es como hablar con un marciano, Poe —replicó Bradshaw, que suspiró—. Básicamente significa que en el momento en que Michael John Sims abrió el mensaje, ya no podría ser recuperado por nadie que no tuviese acceso a los servidores de FlitTalk.

Poe dejó los ojos en blanco.

—¿Y eso no es lo que yo he dicho hace dos minutos?

Bradshaw asintió.

—El otro día dijiste que querías que te explicase la ciencia que había detrás de todo —dijo—. Eso estoy haciendo.

—Sí —respondió él—. Sí que lo dije, Tilly. Cambiando de tema, ¿cómo vas con esos ejercicios que te puse para detectar la ironía?

—Pues creo que voy mejorando, Poe.

Sonrió a su amiga.

—En fin, aquí está el expediente. Esto es todo lo que he conseguido armar. Lo he revisado cientos de veces y no he pasado del comienzo ni una sola vez.

La carpeta tenía casi tres centímetros de grosor e incluía transcripciones de interrogatorios, registros de llamadas de móviles, e informes de autopsia y toxicología. Y un par de cosas que había improvisado él.

Sería útil ver el caso a través de los ojos de Bradshaw. Ella no tenía ideas preconcebidas, ni un inventario de casos parecidos goteando en el fondo de su mente. Ella miraría las pruebas de un modo que él no podía: como un problema único con datos que analizar.

—¿Necesitas que te explique alguna cosa? —preguntó.

—¿Por qué no te vas a dar un paseo con Edgar?

—Porque no tengo noventa años.

Sin embargo, Bradshaw ya no le estaba escuchando. Tenía su ordenador portátil

abierto y la nariz hundida en los datos. Estaría un buen rato así.

—Vamos, Edgar. Demos un paseo —dijo.

—He oído lo que has dicho, Poe —comentó Bradshaw en cuanto regresaron—. No hay nada de malo con la expresión «dar un paseo».

—¿Has encontrado algo? —preguntó él—. Si es que no, tampoco pasa nada. Llevo años con ese expediente y no he llegado a ninguna parte. Puede que tenga que hacerme a la idea de que Heather Fitt se salió con la suya. Y hay otros casos que podemos revisar, y más prometedores que este.

El portátil de Bradshaw pitó. Giró en la silla y leyó lo que ponía en la pantalla.

—¡Ajá!

—¿Qué pasa?

—Lo he resuelto —contestó.

—¿Que lo has resuelto? —preguntó Poe—. ¿Hace menos de una hora que tienes el expediente y ya lo has resuelto? ¿Cómo es posible?

—Solo necesito comprobar esta base de datos primero.

Poe miró su portátil.

—Tilly, no te van a dar permiso para acceder a eso.

—¿Por qué iba a pedir permiso?

Él hizo una mueca de dolor. Bradshaw tenía un curioso ángulo muerto con la ley a la hora de acceder a las bases de datos: la ignoraba.

—Vale. Y luego, ¿qué? —dijo.

—Luego vas a hacer una de esas entrevistas en las que consigues que te digan la verdad contando una mentirijilla.

—Ya te lo he dicho —contestó Poe—: tengo prohibido hablar con Heather Fitt. Tampoco puedo estar en la misma habitación que ella. Doy por hecho que eso incluye las videoconferencias.

—No quiero que hables con Heather Fitt, Poe.

—¿No?

—No, quiero que hables con un hombre llamado Andrew Hill. Y esto es lo que le vas a decir...

Día 6

Andrew «Llámame Andy» Hill era un tipo fornido de pelo canoso y sonrisa fácil. Siempre tenía los ojos entornados, como si estuviera intentando leer los especiales en un restaurante. Se encontraba en una sala de declaraciones de la comisaría de Oxford.

Flynn estaba frente a él.

—Señor Hill —dijo Poe, mirando a la cámara del portátil—. ¿Entiende que esta es una entrevista extraoficial? ¿Que puede marcharse en cualquier momento?

—Sí.

—¿Y que la inspectora Flynn está presente porque yo me he puesto en aislamiento? De no ser así, tendría el detalle de estar allí con usted.

—¿De qué va esto, sargento Poe? No creo haber hecho nada que pueda llamar la atención de la Agencia Nacional del Crimen.

—¿No?

—No.

—¿Durante cuánto tiempo tuvo una relación con Heather Fitt?

—¿Con quién? —contestó, aunque no engañó a nadie.

Flynn abrió una carpeta que había sobre la mesa y le pasó un documento.

—Estos son registros de huéspedes de un hotel en el pueblo de Harwell, Oxfordshire —dijo Poe—. La inspectora Flynn ha subrayado varias fechas en las que su tarjeta de crédito fue utilizada para reservar una habitación o pagar bebidas en el bar. ¿Puede confirmarnos que estuvo allí?

Hill no era tonto. Sabía que le habían pillado y que no tenía sentido mentir.

—Sí.

—Usted vive y trabaja cerca de allí —continuó Poe—. ¿Por qué pasaba tanto tiempo en un hotel?

—A veces íbamos a tomar algo después de trabajar. De vez en cuando me pasaba un poco y, para no molestar a mi mujer, me cogía una habitación.

—¿A qué se dedica, señor Hill?

No contestó.

—Ya volveremos a ese tema —respondió Poe—. ¿Puedes enseñarle los siguientes dos documentos, jefa?

Flynn se los deslizó por encima de la mesa.

—El primero es el registro de llamadas del móvil de Heather Fitt durante ese mismo periodo de tiempo —dijo Poe—. El segundo es un informe que muestra los datos de triangulación de las antenas que «pincharon» el teléfono de Heather. Sé que entiende de todas estas cosas, así que no voy a insultarle explicándole lo que eso significa. Como ve, en las fechas en las que usted se alojó en este hotel, Heather Fitt también lo hizo. Y lo curioso es que, cada vez que ella estuvo allí, envió mensajes a su marido diciendo que se encontraba en un lugar completamente distinto.

—¡Vale! —saltó Hill—. Sí, tuvimos un lío. No es ilegal y ya no nos vemos.

—Estupendo —dijo Poe.

—¿Usted la ha visto, sargento? —dijo Hill, sonriendo con lascivia.

—Pues sí.

—Se me acercó una noche en el bar. Me invitó a una copa. Estaba de toma pan y moja, ya me entienden...

—No —contestó Bradshaw—. Yo no.

—¿Quién ha dicho eso? —dijo Hill.

—Una compañera —contestó Poe.

Bradshaw estaba viendo la entrevista, pero no aparecía en la pantalla. Podía ver a Hill, pero él no podía verla a ella.

—Una compañera que reconoció el nombre Harwell, de hecho —prosiguió Poe—. ¿Quiere saber por qué?

—Creo que me lo va a decir de todos modos.

—Según ella, hay un lugar cerca de allí que se llama Campus Harwell de Ciencia e Innovación.

—Así es.

—Y uno de los departamentos de este campus es el Laboratorio de Ciencia y Tecnología de Defensa. Es como el brazo de investigación y desarrollo del Ministerio de Defensa. Un poco como la «rama Q» en las películas de James Bond, pero mucho más artero, supongo.

Hill no dijo nada.

—Usted trabaja para ese laboratorio, ¿verdad, señor Hill? —dijo Poe—. Concretamente, trabaja en el Programa de Tecnología Emergente para la Defensa.

—Pero ¿cómo...?

—Mi compañera conoce el Programa de Tecnología Emergente para la Defensa porque mantuvo conversaciones con ellos sobre la posibilidad de trabajar allí — interrumpió Poe, evitando cualquier pregunta sobre si Bradshaw había accedido ilegalmente a su base de datos—. Por desgracia, la cosa no salió adelante.

Hill sonrió con suficiencia.

—El nivel es muy alto —dijo—. Me temo que pocas personas tienen esa inteligencia. Que no se desanime.

—No me ha entendido, señor Hill. Ella no estaba solicitando el puesto: el Laboratorio quería contratarla. No la rechazaron; fue «ella» quien les dijo que no.

—Y una mierda. Nadie dice que no al Laboratorio.

—Ahora me gustaría hablar de secretos —dijo Poe—. ¿Sabe que hay dos grandes tipos de secretos? Los que controlas y los que te controlan a ti.

Hill se retorció en el asiento. A pesar de que la imagen vibraba e iba a trompicones, Poe veía que le sudaba la frente.

—Usted tiene un secreto, ¿verdad, señor Hill? —dijo Poe—. Un secreto que le tiene controlado.

—Creo que me gustaría marcharme ya —contestó.

—Yo que usted no lo haría —dijo Flynn—. Solo va a tener una oportunidad.

—Interrogué a Heather Fitt cuando murió su pareja, ¿sabe? —continuó Poe—. Y me llamaron la atención dos cosas: una por lo sorprendente, y la otra, por lo extraño. La primera es que dijo que ella había matado a su marido.

Hill se quedó boquiabierto.

—No, yo creo que se lo habría contado, señor Hill —dijo Poe—. Y la otra cosa, lo «extraño», es que no paraba de decir que era licenciada en Literatura Inglesa. En ese momento no le vi ningún sentido. Ahora entiendo que simplemente quería asegurarse de que yo supiera que no entendía nada de tecnología.

La frente de Hill se arrugó.

—Usted sí sabe de tecnología, ¿verdad, señor Hill? —siguió Poe—. Y una de las cosas que me dijo mi compañera es que el Laboratorio de Ciencia y Tecnología para la Defensa había investigado si era posible hacer daño físicamente a una persona a través de Internet.

—No sé nada de eso —contestó Hill—. Y aunque lo supiera, no podría decírselo.

—No pasa nada, señor Hill. Según creo, el estudio no fue fructífero y se abandonó la investigación.

—Pues ahí lo tiene.

—Se redactó un informe resumiendo lo que habían hecho.

—Seguro que sí. Rendimos cuentas al contribuyente.

—Y en el apéndice de ese informe había un artículo sobre un posible uso. ¿Quiere saber de qué se trata, señor Hill?

—Pues no, la verdad.

—¿No? —dijo Poe—. Creo que se lo diré de todos modos. —Cogió un documento y lo leyó—. Sin embargo, si se enviara un GIF estroboscópico de diez segundos con una velocidad de parpadeo de entre dieciséis y veinte parpadeos por segundo a una persona con epilepsia fotosensible, sería remotamente posible provocarle un ataque. —Poe dejó el documento sobre la mesa—. Eso normalmente no sería un problema, pero si ese alguien estuviera en la bañera...

El silencio inundó la habitación.

Poe continuó.

—Creo que Heather le dijo a Michael que le iba a enviar un vídeo calentito en cuanto se metiera en la bañera. Apuesto a que hasta bajó la luz. Y probablemente amplificó los efectos. Nunca sospechó que estaba abriendo un mensaje mortal hecho a medida.

—Bonita historia, sargento —dijo Hill—. Pero a mí me suena a ciencia ficción. Ciencia ficción indemostrable. Y creo que usted también lo sabe, de ahí que esta entrevista sea extraoficial.

—Mi compañera no cree que sea ciencia ficción. Dice que es completamente plausible. También dice que, aunque no hubiese funcionado, Michael Sims no lo recordaría. Y ella entiende de ciencia mucho más que yo. Mucho más que usted, de hecho. Se lo garantizo. Y también cree que es demostrable. Que las pruebas tienen que estar en alguna parte y que, ahora que sabemos que existen, solo hay que dar con la base de datos correcta. Pedir la orden adecuada. Cree que estaremos en situación de presentar cargos dentro de un par de semanas.

Hill frunció el ceño.

—No deja de mencionar a esa misteriosa «compañera», sargento —dijo—. ¿Tiene nombre?

—Claro que sí —contestó Poe. Giró la pantalla para que la cámara enfocase a Bradshaw.

—Hola, Andrew Hill —dijo—. Me llamo Matilda Bradshaw, pero puede llamarme Tilly. Los labios de Hill se movieron sin emitir sonido alguno.

—Tilly Bradshaw... Tilly Bradshaw —murmuró por fin—. ¿Dónde he oído yo ese nombre?

Una ola de duda recorrió su rostro. La arrogancia desapareció.

—¿Tilly Bradshaw? ¿La misma Tilly Bradshaw que resolvió la conjetura de Birch y Swinnerton-Dyer cuando tenía solo dieciséis años?

—¿La qué? —preguntaron Poe y Flynn a la vez.

—Es un problema abierto en el campo de la teoría de los números —contestó Hill—. Está reconocido como uno de los problemas matemáticos más difíciles de todos los tiempos.

A pesar de su situación, parecía fan total de Bradshaw.

—¿Fuiste tú, Tilly? —dijo Poe.

—Era fácil, Poe —contestó ella.

—Tilly trabaja para la Agencia Nacional del Crimen, señor Hill. Ha resuelto todo esto en menos de una hora. ¿Me cree ahora cuando le digo que, en lo que respecta a Tilly, no existe lo que se llama anonimato en Internet? No hay cortafuegos que ella no sea capaz de romper. Ni bases de datos en las que pueda esconderse.

Hill asintió.

—Supongo que ni la CIA está a salvo.

—¿Y me cree cuando le digo que, si no admite haber creado un programa GIF estroboscópico para Heather Fitt con el propósito expreso de asesinar a Michael John Sims, iremos a interrogar a Heather Fitt? Para averiguar su versión de los hechos. Está esperando en una celda cerca de usted. Me han dicho que se muere por declarar.

Que Poe supiera, Heather Fitt seguía en su casa. Ahí estaba la mentirijilla que Bradshaw había dicho que tendría que contar. Necesitaba que a Hill le entrara el pánico. Que pensara que iba a quedarse sin silla cuando parase la música.

—A ella se le ofrecerá la misma posibilidad de explicarse —continuó Poe—. El primero que hable podría convencer a la Fiscalía de la Corona de que fue cómplice involuntario. Puede que evite que se le acuse de asesinato. Pero el otro irá a la cárcel veinticinco años, al menos.

Poe dejó que lo asimilara.

—Dentro de un minuto exactamente, la inspectora Flynn le meterá en una celda y trasladaremos esta oferta a Heather Fitt. A ver si a ella le interesa sobrevivir.

Hill se quedó pálido.

Poe miró su reloj y dijo:

—Tic-tac...

A Hill le faltó tiempo para delatar a Heather Fitt.

Admitió haber escrito un programa con el propósito expreso de provocar un ataque epiléptico, aunque dijo que no sabía que fuera a emplearse para cometer un asesinato. Mentía, pero ahora se trataba de minimizar daños. Ya se encargaría de ello el jurado más adelante. Aparte de su declaración, ofreció todas las pruebas que iban a necesitar para acusar a Heather Fitt por el asesinato de Michael John Sims. Bradshaw se cercioró de que eran suficientemente sólidas y no podrían ser recusadas.

Una vez que hubieron terminado, Bradshaw se estiró en su asiento y bostezó. Se quitó las gafas y las limpió con el trapito que siempre llevaba encima.

—Ha sido divertido —dijo—. ¿Qué hacemos mañana? Si hace bueno, podríamos ir a caminar.

—No, Tilly. —Poe sonrió—. Pero sí me gustaría dar un paseo.

Dedos de muerto

Si Edgar no hubiera salido detrás del conejo, no habría pasado. Si Poe no hubiese salido detrás de Edgar, no habría pasado. Y si Bradshaw no hubiera salido detrás de los dos, no habría pasado.

Pero Edgar salió detrás del conejo.

Y Poe detrás de Edgar.

Y Tilly detrás de Poe.

Y pasó.

Como en cualquiera de sus discusiones anteriores, Tilly se impuso por terca, por su sordera selectiva y porque conocía plenamente los hechos. Washington Poe no recordaba haber ganado ninguna, lo cual resultaba sorprendente teniendo en cuenta que, técnicamente, era su superior.

Estaban enfrascados en su eterno desacuerdo sobre la palabra «pasear». A Bradshaw le gustaba, a Poe no. Él decía que salían a dar un paseo los ancianos, que la gente de su edad iba a caminar o a hacer senderismo. De hecho, decía que antes aceptaría la palabra del inglés americano *shlep*, que significa «deambular», que eso de «dar un paseo».

Tilly dijo que estaba siendo cabezota, obstinado y tozudo. Él contestó que cuando utilizas tres palabras que significan básicamente lo mismo, pierdes la discusión. A continuación, se vio sometido a una charla de veinte minutos sobre etimología, lingüística y significado filosófico, en relación con las palabras que Bradshaw acababa de emplear, y por qué «no» significaban lo mismo.

Cuando terminó, Poe dijo:

—Eso no es más que semántica.

Y a ella se le escapó la risa.

—Eres un bobo, Poe.

—Lo sé.

—Y dijiste que me debías un favor.

—Cierto.

Unos días antes, Bradshaw había resuelto uno de los casos que más le habían frustrado, un crimen imposible que llevaba años abriendo una úlcera en su estómago. Y ni siquiera había tenido que salir de Herdwick Croft para hacerlo. Simplemente analizó

unas notas. Pirateó varias bases de datos seguras. Descubrió lo que debía permanecer oculto. Y luego hubo detenciones. Una mujer y su amante fueron acusados del asesinato de la pareja de ella. Y todo eso en apenas dos horas.

Así que Poe accedió a salir a dar un paseo. Solamente esperaba que aquello no derivara en que Tilly le dijera que estaba «lleno de vida». Porque eso «sí» se usaba solo para hablar de ancianos. Normalmente, en una esquila.

Él sugirió dar una vuelta por Shap Fell, pero Bradshaw no quería.

—Es aburrido, Poe —dijo—. No hay nada que ver.

¿Cómo contestar a eso? A sus ojos, Shap Fell era el lugar más asombroso del país. Infinitamente desolado, árido como la Luna y casi tan deshabitado como ella. Los únicos que vivían allí eran Edgar (su springer spaniel), miles de ovejas Herdwick y él. La hierba era como hilo fusible, y los pocos árboles que había estaban atrofiados, torcidos por el viento y agarrados a la tierra como piel pegada a la carne.

¿Cómo era posible que a Bradshaw no le gustara tanto como a él?

Aunque, para ser justos, llevaban toda la semana desde que empezó el confinamiento dando vueltas por aquella montaña. Quizá no estuviera mal variar un poco.

—Podríamos ir a una reserva natural que conozco —dijo Poe—. Se llama Clearview Fold y tiene bosque y praderas. Es muy bonito en este momento del año. Edgar tendrá que ir atado, pero da igual, ya se ha dado un buen meneo esta mañana.

—Paseo —dijo ella—. Y yo prepararé un pícnic, Poe...

Pícnic que acabó consistiendo en cosas que podrían comer los animales que habitaban la reserva natural, no Poe.

—¿Cómo has dicho que se llama esto? —dijo, mirando sospechosamente la tarrina de pasta de color beis.

Bradshaw acababa de coger un poco con un bastoncito de zanahoria.

—Se llama humus, Poe.

—¿Y qué es?

—Es una crema de garbanzos. Los dejé en remojo anoche y esta mañana los he triturado mientras tú gritabas a ese hombre en la radio.

—Parece lechada —dijo él.

Copió a Bradshaw y mojó una zanahoria en la crema.

—¡«Sabe» como una maldita lechada! —dijo refunfuñando después de morder la punta.

Le ofreció el resto a Edgar, pero el spaniel apartó la cara y gruñó.

—Caray —dijo—. Y eso que Edgar come mierda de cabra.

Bradshaw soltó una risilla y sacó algo de su mochila.

—Aquí tienes, Poe —dijo, mientras le pasaba algo envuelto en papel encerado.

Poe lo olió. Tocó las manchas brillantes donde había penetrado la grasa. Se lamió el dedo.

—¿Es lo que creo que es?

—Sí, Poe.

—Pero... ¿cómo?

—¿Que cómo lo he conseguido?

Poe asintió.

—Está cerrada —dijo él.

—La tienda sí, pero sigue haciendo entregas a los hoteles que están abiertos para trabajadores esenciales. Pedí que lo llevaran a Shap Wells y lo recogí esta mañana mientras estabas por ahí con Edgar.

Poe abrió cuidadosamente el paquete.

Era un pastel de cerdo. Y no cualquier pastel de cerdo. Aquel era de su carnicero. Masa dura como una roca, hecha a mano con agua caliente. Carne de cerdo local en trozos irregulares, con gelatina de caldo. La pimienta justa. El rey de los pasteles, en su opinión. ¡Qué lástima que tuviera que limitarse a uno a la semana!

—Pero ¿cómo sabías cuál pedir? —dijo.

—Escribí un correo a tu carnicero y le pregunté qué echarías de menos.

—¿En serio?

—Respondió que las salchichas de Cumberland, y le dije que tenías el congelador lleno de ellas. Así que me sugirió uno de estos.

—¿Solo uno?

—Sí, Poe. De todo lo que comes, esto debe de ser lo menos sano. He calculado la cantidad de grasa que contiene, aproximadamente; según mis estimaciones, esta semana ya no puedes comer nada más.

—Así es como se sabe que está bueno, Tilly.

—Eres idiota, Poe —contestó Bradshaw—. Pero también eres mi amigo y te has portado bien durante el aislamiento. Pensé que un capricho te animaría.

Poe le dio un mordisco.

Edgar gimió.

—¡Fuera! —dijo.

—¿Por qué hemos venido, Poe? —preguntó Bradshaw—. ¿No había sitios más cerca?

Clearview Fold estaba a más de quince kilómetros de la cabaña de Poe. Para llegar allí

habían tenido que coger el coche. Bradshaw temía que los pararan, pero Poe le recordó que había trabajado en la policía del condado y que a él no le molestarían. Ella le recordó a su vez que, salvando contadas excepciones, los policías de Cumbria le odiaban, y tenía razón. Daba la sensación de que, cada vez que se involucraba en algún caso en Cumbria, acababa cabreando a alguno de sus altos cargos.

—Estamos aquí porque, aunque es una reserva natural, sigue siendo propiedad privada —dijo Poe—. Así que es poco probable que nos moleste nadie, y tampoco habrá problema con la distancia social esa de la que no paras de hablar.

—Pero, si es privado, ¿cómo es que podemos entrar?

—Hice un favor al propietario hace mucho tiempo.

—¿Qué hiciste?

—Le libré de una acusación de asesinato...

—¿Te acuerdas del asesinato que resolvimos el año pasado, Tilly?

—¿Cuál?

Poe sonrió. Tenía razón. Bradshaw apenas llevaba unos años en la unidad, pero ya habían resuelto algunos de los asesinatos más sonados del país. No paraba de inventar nuevas y emocionantes maneras de acercarse peligrosamente a los malos.

—El doble asesinato —dijo—. El del aeródromo.

—¡Buah! —exclamó ella—. Asqueroso.

—Sí. ¿Te acuerdas de qué iba la cosa?

—¿La fiebre aftosa de 2001?

—Exacto —dijo Poe—. Pero lo que no sabes, lo que no «puedes» saber, es cómo era la vida en Cumbria por aquel entonces.

Poe partió en dos el último trozo de pastel de cerdo y le dio la mitad a un Edgar babeante. Se metió el resto en la boca y masticó pensativo. Hacía casi veinte años del brote de fiebre aftosa y, sin embargo, seguía pareciéndole reciente. No le gustaba hablar de ello, pero sabía que, para que Bradshaw entendiera lo que le iba a contar, necesitaba contexto.

—Lo de 2001 fue un golpe duro para Cumbria, Tilly —dijo—. Tardó años en recuperarse.

—Lo vi en las noticias, Poe. Todos esos animales muertos. Tuvo que ser horroroso.

Poe asintió. Esperaba que Bradshaw dijera algo así. Es lo que decía todo el mundo. A no ser que hubieran vivido la fiebre aftosa, la gente solía fijarse en los animales. Y

aunque el hecho de que sacrificaran a seis millones de ovejas, reses y cerdos parecía inconcebible y fue espantoso, solo era parte de la historia. Intentó explicárselo.

—Cumbria es un condado que depende de la agricultura y el turismo, Tilly —dijo—. Si nos quitas eso, solo nos quedan Sellafield en el oeste y BAE Systems en el sur.

—Sí, Poe —contestó ella—. En 2018, entre los viajeros de día y los que pernoctaron sumaron sesenta y ocho millones de turistas, cosa que supuso unos ingresos de tres mil millones de libras. La industria turística representa el veinte por ciento del empleo en Cumbria.

—¿Tanto?

—Es mucho dinero, Poe.

—Lo es. Y nuestra agricultura está inextricablemente unida al turismo. Los ganaderos son quienes mantienen abiertas las montañas. Son quienes mantienen todo tal y como estaba en la época de Beatrix Potter. Puede que la Concejalía de Turismo crea que son los guardianes del Distrito de los Lagos, pero, sin los ganaderos de montaña, Cumbria no sería lo que es hoy. Podrían haber asfaltado todo el condado.

Poe abrió un termo y sirvió té en dos tazas pequeñas de plástico. Como solo tenía un termo, habían acordado hacer té de ortigas. A Bradshaw le gustaba, y él no lo odiaba. Era lo más parecido a una comida comunal que habían conseguido tener.

—Y lo que pasa con la ganadería de montaña en Cumbria es que no da dinero —continuó—. En realidad, no. Las montañas de por aquí producen una hierba dura y áspera que solo aguantan las razas más fuertes.

—¿Como las ovejas Herdwick?

—Exactamente. Los vikingos las trajeron hace unos mil años. Y, comparadas con razas menos fuertes, rinden poco.

—¿Que rinden poco?

—No producen tantos corderos, Tilly, y los producen más avanzado el año que otras ovejas.

—¿Por qué, Poe?

—Como la temporada en que crece la hierba aquí dura menos, los ganaderos deben calcular bien para que sus corderos nazcan cuando haya algo con que alimentarlos. Y con lo duro que es el clima en que viven, las ovejas tienen que ser egoístas necesariamente: si las condiciones no son las correctas, no se reproducen.

—Entonces, ¿por qué se molestan los ganaderos?

—Porque sus padres lo hicieron, Tilly —contestó Poe—. Y los padres de sus padres, y los padres de estos. La ganadería de montaña es un modo de vida aquí arriba. Los programas de cría no se planifican durante semanas o meses, sino durante

generaciones. La fiebre aftosa arrasó un tercio de esos legados. Todo aquel saber hacer acumulado para la cría quedó aniquilado. En total, más de un tercio del ganado del condado fue sacrificado, la mayoría sano.

—¿Se sacrificaron a animales sanos? —preguntó Bradshaw—. ¿Y por qué hicieron algo así?

—Ahí está el tema, Tilly. Verás, la fiebre aftosa es una de las enfermedades animales más contagiosas que hay, y el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, tal y como se conocía entonces, decidió que la mejor manera de contenerla era no solo sacrificar a los animales de las granjas infectadas, sino también a los de las granjas colindantes. ¿Te lo imaginas? Tú has hecho todo lo posible por obedecer las reglas. Has hecho sacrificios para mantener sano a tu rebaño, y, de repente, se contagia una granja vecina. Y no solo matan a sus animales, sino también a los tuyos.

—Pero eso es terrible, Poe.

—Lo fue. Y los ganaderos hicieron esfuerzos tremendos para mantener a su ganado a salvo. Se confinaron en sus granjas. Dejaron de mandar a sus hijos al colegio. Se negaron a recibir visitas, incluidos veterinarios y proveedores de alimento para los animales. Se encerraron e intentaron esperar a que pasase todo. Algo parecido a lo que ocurre ahora. Salvo que en 2001 no hubo guerras por el papel higiénico.

Poe se terminó el té y tiró los posos sobre la hierba. Se quedó mirando cómo Edgar salía detrás de ellos por si era algo que pudiera comer o molestar.

—Y aunque se hizo mucho hincapié en que Cumbria se había cerrado a los visitantes, para la gente de aquí fue mucho peor. Especialmente para los niños y las mujeres. Ellas tenían que cuidar a sus maridos, que no hablaban de otra cosa, y los críos no podían ver a sus amigos. Y recuerda que todo eso fue antes de que hubiera Facebook.

Edgar volvió corriendo, agitando la cola a toda velocidad. Poe conocía esa mirada: algo tramaba...

—Había un ganadero —continuó.

—¿Al que acusaron de asesinato?

—Ese. Se llama John Cowan, octava generación de ganaderos de montaña. Su familia y él llevaban cientos de años criando ovejas Herdwick en estas montañas y vendiéndolas. Muy muy respetados. Las raras veces que vendían ovejas macho no castradas, multiplicaban por diez el precio medio. En teoría, Cowan estaba en una buena situación. Su hija Sheena y él no salieron de casa ni una sola vez, y tenían tantas tierras que, si una granja vecina se infectaba, estarían fuera del radio de exclusión de cinco kilómetros.

—Pero se contagiaron de todas formas, ¿verdad, Poe?

—Sí. Y en un abrir y cerrar de ojos, con el chasquido de la pistola de perno, un programa de cría de doscientos años quedó reducido a nada.

—¡Cielos! —exclamó Bradshaw—. Es terrible. Pero ¿cómo pudieron infectarse las ovejas si no salían de su granja? ¿Las visitó alguien contagiado?

—Desde luego esa fue la línea de investigación que siguió el ministerio cuando rastrearon los contactos —dijo Poe—. Pero al final resultó que fue Sheena quien había traído la fiebre a la granja sin querer.

—Pero si has dicho que no salieron en ningún momento de la granja, Poe.

—Porque eso fue lo que ella dijo a los inspectores del ministerio.

—¿Y no era verdad?

—No, no lo era. Estaba perdidamente enamorada de un chico de una granja vecina: Philip Selkeld. Y como los Selkeld y los Cowan llevaban toda una generación peleándose por las lindes entre sus tierras, ambos ganaderos les habían prohibido verse. Pero ya sabes cómo es el amor joven...

—No —dijo Bradshaw—. No lo sé.

—Es poderoso, Tilly. Cuando dos chavales están así de enamorados, a no ser que los encadenes a tractores distintos, no hay nada que puedas hacer, ni amenazas que puedas proferir, que consiga separarlos. Simplemente, es imposible.

—Y como tenían prohibido verse, Sheena Cowan lo mantuvo en secreto, ¿no?

—Exacto —contestó Poe—. Su padre empezó a beber mucho durante la crisis, muchos ganaderos desarrollaron problemas de alcoholismo en 2001, y ella esperaba a que se durmiera para escaparse por la ventana. Tengo entendido que Philip Selkeld hacía lo mismo. Se encontraban, hacían sus cosas y se volvían a casa.

—¿Qué cosas?

—No te lo voy a explicar, Tilly; usa la imaginación.

Al ver cómo se arrugaba la frente de Bradshaw, Poe recordó que la suya no había sido una infancia normal. Ni mucho menos. A ella la sacaron del colegio siendo muy niña y la arrojaron al mundo académico. No tuvo las experiencias que otros niños daban por hechas. Había más posibilidades de que una gallina incubara un bacalao de un huevo frito que de que Bradshaw entendiera por qué dos jóvenes enamorados arriesgarían el sustento de sus familias, o que imaginara «qué hacían» cuando arriesgaban el sustento de sus familias.

—Sexo, Tilly. Tenían relaciones sexuales.

—Ah —dijo ella, sonrojándose, como era de esperar.

—En fin —continuó Poe—. Resumiendo, los animales de la granja del chico se infectaron, pero, como la fiebre aftosa tiene un periodo de incubación de tres a seis días,

para cuando se dieron cuenta, ya era demasiado tarde: Sheena ya había contagiado a su propio ganado.

—¿Qué pasó cuando John Cowan se enteró?

—¿De que su linaje había quedado destruido porque la hija era incapaz de controlarse?

—Sí.

—Ahí es donde la cosa se tuerce —contestó Poe—. En cuanto Sheena comprendió que ella había llevado la enfermedad a su granja, lo admitió todo. Confesó a su padre que se había seguido viendo con Philip Selkeld, a pesar de que lo tenían tajantemente prohibido.

—John Cowan debió de ponerse furioso, ¿no, Poe?

—Admitió que estaba furioso, sí. Y es comprensible.

—Seguro que Sheena estaba destrozada.

Poe se encogió de hombros.

—He ahí la cuestión. Nadie se lo preguntó. Para cuando John Cowan le dijo al ministerio que Sheena había contagiado a los animales, Philip y ella ya habían desaparecido.

—¿Se sospechó que hubiera habido juego sucio, Poe?

—Sí, *miss Marple*.

—¿Perdona?

—Da igual —dijo Poe—. Y sí, eso es lo que creía el inspector a cargo del caso. La línea de investigación inicial era que John Cowan, preso de un ataque de ira, los asesinó a los dos. Los ganaderos tienen acceso a armas, venenos y maquinaria pesada, y están relativamente insensibilizados a la muerte, comparados con la mayoría de la gente. Además, aparte de un matadero, no se me ocurre ningún negocio más eficaz para deshacerse de unos cuerpos que una granja.

—Pero tú no lo creías, ¿verdad?

—No me cuadraba, Tilly. Cuando hablé con él, vi claramente que le preocupaba más que su hija hubiera desaparecido que su sustento. «Mi abuelo creó este linaje, agente Poe —me dijo—. Y yo puedo empezar uno nuevo. No es más que un contratiempo, y hay gente ahí fuera que ha perdido más que yo.» Me pareció un tipo honrado; si hubiera perdido los nervios y los hubiera matado, lo habría admitido.

—Entonces, ¿qué crees que pasó?

—Creo que los chavales se dieron cuenta del lío que habían armado y huyeron del pueblo. Se fueron y no volvieron.

—Te conozco lo suficiente como para saber que tendrías más que eso en lo que

basarte. Dispones de un buen instinto, Poe, pero siempre lo fundamentas en pruebas. Aunque tengas que hacer cosas tremendamente estúpidas para conseguirlas.

—Gracias —contestó él—. Pero tienes razón. Había un coche. Un MGB Roadster de carreras, de color verde. Una preciosidad, a juzgar por las fotos que vi. Era de John Cowan cuando era joven, y se lo regaló a Sheena por su decimoctavo cumpleaños. Probablemente se dio cuenta de que ya no lo usaba después de quedarse con la granja de su padre. Por lo que le decían los amigos de Sheena, a ella le encantaba aquel coche. Lo lavaba todos los días. Se pasaba los fines de semana puliendo el cromo hasta que brillaba. Incluso pintó los neumáticos de negro.

—¿Qué fue de él?

—Desapareció. El mismo día que los chicos.

—Y eso te hizo pensar que tal vez no los habían asesinado...

—De todos modos, en mi opinión, nada apuntaba a que John Cowan hubiera matado a su hija. Después de que su mujer muriera, empezó a mimar a Sheena. Y sí, seguro que le destrozó ver el legado de su familia destruido, pero, como él mismo dijo, podía volver a construirlo. Y la fiebre aftosa estaba llegando a las granjas, por muchas precauciones que tomaran. En condiciones adecuadas se transmitía por el aire, y se decía que los animales salvajes como los ciervos lo contagiaban. Daba igual las medidas preventivas que se adoptaran, ninguna granja estaba a salvo.

Vació lo que quedaba del termo en su taza y se bebió el resto de té de ortigas, ya tibio.

—Y lo del coche desaparecido no me encajaba —continuó—. Era el tesoro de Cowan, y luego de Sheena.

—Entonces, ¿por qué desapareció? —preguntó Bradshaw.

—Exacto. La conclusión a la que llegué, y la investigación de personas desaparecidas acabó coincidiendo conmigo, fue que se habían ido del país.

—¿Tenían pasaporte, Poe?

—Sheena sí. Siempre lo llevaba encima para identificarse cuando hacía gestiones para la granja en el banco o en la subasta.

—¿Philip Selkeld no?

Poe negó con la cabeza.

—Aunque tampoco me pareció que importara. En aquella época, la seguridad fronteriza no era exhaustiva, especialmente en los puertos de ferris. Yo creo que cuando llegaron a Dover o a Hull, o al puerto que eligieran, el chico se metió en el maletero y ya. Cuando Sheena aparcó en la cubierta, se quedaría allí o saldría a mezclarse con el resto de los pasajeros.

—¿Y qué hay de la guardia fronteriza de Francia u Holanda?

—Rudimentaria. Sheena les mostraría su pasaporte y la dejarían pasar. Y, una vez en el continente, las fronteras internas de la Unión Europea casi siempre están desiertas. Debieron de elegir fácilmente un lugar que les gustara, encontrarían piso y trabajo. Algún sitio exótico como Ámsterdam o Praga. No había motivo para volver a casa.

Bradshaw estiró el brazo y acarició a Edgar. Jugó con sus orejas. El spaniel le lamió las manos. Adoraba a todo el mundo, pero sentía un cariño especial por Bradshaw.

—Creo que estaban más enamorados de lo que todo el mundo creía —continuó Poe—. Y cuando Sheena se enteró de que había contagiado la fiebre aftosa a la granja de su padre, o bien convenció a Philip de huir, o bien él la convenció a ella. Probablemente, esto último. Se sentía acorralado en su casa y tal vez fuera la excusa que estaba buscando. Sheena siempre había dicho que quería dedicarse a algo que no fuera la ganadería, pero Philip esperaba quedarse con la explotación de su familia.

—Entonces es como *Romeo y Julieta*, salvo que esta historia tuvo un final feliz.

—En fin, quiero creer que eso fue lo que ocurrió —dijo Poe—. Y, pasado un tiempo, mi comisario dijo que estaba de acuerdo. No había pruebas de que John Cowan hubiera cometido un asesinato y el caso se archivó. Y como Sheena y Philip tenían dieciocho años, tampoco podían clasificarse como personas desaparecidas, no cuando la teoría dominante era que habían huido.

Y entonces fue cuando Edgar decidió hacer lo propio...

Poe llevaba un rato observando al spaniel. Desde el momento en que sus orejas se pusieron tiesas y empezó a gemir. Creía que era un ruego sutil, un truco eficaz en el que Bradshaw siempre caía deliberadamente. Sin embargo, cuando le ofreció un trozo de zanahoria, que por alguna extraña razón le encantaban, apenas la miró. Sus ojos estaban clavados más allá, hipnotizados por algo que Poe no podía ver.

Y no era de extrañar. Los perros son una especie depredadora, pero, al tener mayor visión periférica, su visión binocular no es tan buena. Y no ven demasiado lejos. Lo que sí tienen es una excelente sensibilidad al movimiento.

Eso significaba que Edgar podía ver algo que Poe no veía porque se estaba moviendo. Y si gemía era porque quería perseguirlo. «Pájaros o conejos», pensó Poe.

Edgar ladró.

Y en el fondo del valle, Poe vio una señal fugaz de colas blancas.

Conejos. Montones de ellos.

Hacía unos años, un biólogo evolucionista alemán había explicado el misterio de por qué un animal de presa de pelo camuflado beis tenía una llamativa cola blanca, tan

distinta a su pelaje. A diferencia de lo que Poe suponía, no era para advertir a otros conejos de un peligro cercano, aunque ese fuera un efecto colateral indudablemente positivo. En realidad, era para que, cuando los persiguieran, el depredador se fijara en la cola blanca y visible, e ignorase el resto del cuerpo del animal. Cuando el conejo daba un giro brusco, el punto blanco desaparecía y el depredador tenía que volver a enfocar la vista, regalando con ello unos segundos muy valiosos al conejo.

En eso estaba pensando Poe cuando Edgar se puso en marcha y, zafándose del abrazo de Bradshaw, salió corriendo.

—¡Edgar, no! —gritó Poe.

Pero el spaniel ya corría a toda velocidad ladera abajo, hacia el valle, ladrando emocionado.

—Ah, el muy capullo —dijo Poe, levantándose y metiéndose todo en los bolsillos—. Quédate aquí, Tilly. Voy a por él.

—No te preocupes, Poe —dijo Bradshaw—. Edgar no haría daño a un conejo.

—Desde luego que se lo haría —respondió él, echando a correr detrás de su perro.

Poe estaba llegando a esa edad en la que, después de cierto tiempo sentado, tenía que hacer una serie de estiramientos, gemidos y comentarios sobre estar demasiado viejo. Pero ahora se había levantado y había echado a correr.

No le preocupaba que Edgar persiguiera conejos. Al haber ladrado, le llevaban mucha ventaja; para cuando se acercara a ellos, ya estarían a salvo en sus madrigueras.

Lo que le preocupaba era lo que podía pasar si Edgar se metía en la zona de praderas de la reserva natural. La montaña donde se habían sentado era tan desigual y escarpada como cualquier otra en el Distrito de los Lagos. La única diferencia era que allí no había ovejas, y eso significaba que algunas cosas habían tenido la oportunidad de crecer: árboles pequeños y plantas que las ovejas habrían comido o aplastado. Pero, básicamente, no había nada en aquella montaña que Edgar no hubiera visto mil veces.

Sin embargo, la pradera era otra cosa. Legalmente designada Hábitat Prioritario, era un ecosistema delicado que mantenía una abundancia de flores, insectos, animales y aves. Un springer spaniel inglés excitable podía causar daños incalculables en un lugar como aquel.

Por eso corría Poe.

—¡Ven aquí, imbécil! —exclamó—. Como si fueran a salir ahora...

Edgar estaba exhausto de correr de una madriguera a otra, ladrando como un loco. Poe lo miraba pasmado. Desde luego, ya no haría falta sacarlo. Le cogió con la correa de entrenamiento; Edgar se calmó de inmediato. Pocos segundos después, Bradshaw llegó sin aliento.

—¿Qué ha cazado, Poe?

—Nada —contestó—. Nada de nada. —Señaló con el pulgar por encima de su hombro. —Pero no se ha metido en esa pradera, que era lo que más me preocupaba.

Bradshaw miró hacia donde señalaba y dijo:

—¡Hala, es preciosa!

Lo era.

Treinta centímetros de hierba mantenían una cornucopia de lo mejorcito de la fauna y flora silvestres británicas. Exóticas libélulas planeando con alas más bellas que las vidrieras de una catedral. Mariposas Scotch Argus poco comunes navegando a través del aire, guiadas por el silencioso perfume del grafiti natural de las flores perfumadas, como pecas multicolores decorando el lienzo verde. Estanques y ciénagas llenas de ranas, tritones crestados y serpientes de hierba. Y, en el bosque, el redoble de los pitos reales reverberando.

—Estas tierras eran de John Cowan —dijo Poe—. Pastos de llanura donde traía a sus ovejas preñadas cuando les tocaba parir.

—Creí que habías dicho que las ovejas Herdwick sobreviven todo el año en las montañas, Poe...

—Pueden hacerlo. La mayoría lo hace. Pero si un ganadero tiene tierras como estas, las usa. Una hierba mejor para las ovejas hembra significa mejor leche para los corderos. Aquí es más fácil vigilarlas, y ayudar a las ovejas inexpertas en los partos difíciles. Y asegurarse de que no hay zorros en la zona.

—¿También donó estas tierras?

—Sí. Y, como ves, es la joya de la reserva natural. Vengo de vez en cuando y siempre encuentro algo que no había visto en ningún otro sitio.

—¿Podemos echar un vistazo ahora?

—¿Y tu alergia?

—Tengo una medicación muy fuerte, Poe.

—¿Ah, sí?

—Sí, tomo pastillas para bloquear la acción de mis leucotrienos. Son sustancias químicas del sistema inmunitario que provocan los síntomas de la alergia.

—Perdona, Tilly. Puedes tomar todas las pastillas de letrinas que quieras.

—De leucotrienos, Poe.

—Eso he dicho. En fin, me temo que no podemos bajar allí. Es temporada de anidación y la entrada está terminantemente prohibida para todo el mundo. Causaríamos todo tipo de problemas.

—¡Jolín!

—Pero sí podemos hacer ver que somos conspiracionistas e ir un rato a esa loma cubierta de hierba, para ver lo que pasa. Tengo mis prismáticos aquí. Podemos sentarnos a acabar el pícnic.

—Eso estaría bien, Poe.

—¿Estás segura de que no has traído otro de esos pasteles de cerdo?

—Segurísima, Poe —contestó—. Pero tengo algo que creo que va a gustarte más.

—¿Ah, sí? —dijo él, esperanzado.

—Tarta de queso sin queso. Está hecha a base de soja y no tiene lácteos. Ni siquiera lleva azúcar.

Poe frunció el ceño.

Terminaron de comer en un silencio pacífico, con solo el sonido del trino de los pájaros y de Edgar resollando. De esas comidas que no te importa que duren horas. Poe probó la tarta de queso sin queso, pero la escupió subrepticamente. Estaba peor de lo que temía, y eso que esperaba que estuviese mala. Aprovechando que Bradshaw no estaba mirando, le ofreció el resto a Edgar. El spaniel le miró mal y la ignoró.

—Cabrón —murmuró, envolviendo el resto del trozo pastoso en su pañuelo y metiéndoselo en el bolsillo.

—Estaba deliciosa —dijo cuando Bradshaw se quedó mirando su plato vacío.

Después, se tumbó boca arriba a contemplar el cielo azul brillante. Era un día de primavera perfecto. Ni demasiado cálido, ni demasiado frío. Ni rastro de brisa. El aire estaba impregnado del perfume de mil flores. La hierba de la loma era suave y mullida. Poe no tardó en notar que se le cerraban los ojos.

A los dos minutos ya estaba roncando suavemente.

—Típico —murmuró Bradshaw, llevándose los prismáticos a los ojos para examinar la pradera a sus pies.

—¡Poe! ¡Poe! ¡Despierta!

Poe abrió los ojos y la miró entornándolos por el sol.

—Tilly, me estaba echando una siestecita... —dijo.

—¿Cómo se llaman esas flores? —preguntó ella, señalando hacia la pradera.

—¿Eh?

Repitió la pregunta.

Poe se incorporó. Se frotó un poco los ojos.

—¿Qué flores?

—Las moradas. Están por todas partes.

Bradshaw le pasó los prismáticos y él los enfocó hacia la parte de la pradera que le estaba señalando. En efecto, había flores moradas por todas partes. Salvo un tramo del tamaño de una pista de tenis en el medio, habían colonizado prácticamente todo el suelo del prado. Poe giró el objetivo para enfocarlas.

Medían unos sesenta centímetros y tenían el tallo robusto, con hojas verdes y brillantes, con espigas de flores de color morado oscuro.

—Es una orquídea macho, Tilly —dijo Poe—. Bastante común por aquí en esta época, aunque antes no lo era. A veces las llaman dedos de muerto.

Intentó devolverle los prismáticos, pero, en vez de cogerlos, Bradshaw sacó su móvil del bolsillo. Poe acarició a Edgar mientras esperaba.

Pasado un minuto, alzó la vista.

—Poe, creo que sé lo que les ocurrió a Sheena Cowan y Philip Selkeld —dijo.

La última vez que Poe había estado en la granja de John Cowan, aquello era una cacofonía de ladridos de perros pastores, tractores rugiendo y graznidos de ganso. Sabía que los ganaderos a veces tenían gansos, y no por la carne, por muy deliciosa que fuera, sino como vigilantes. Al ser tan asustadizos, resultaban mucho más eficaces que los perros, las alarmas antirrobo o las luces de seguridad.

Esta vez, no había perros, ni gansos ni maquinaria pesada, y el olor era distinto. Era perfumado, como si el buqué de la primavera hubiera hecho retroceder al hedor penetrante de una granja en funcionamiento. El ensilado, los vapores de diésel, los olores a animal, todo había desaparecido. Aquello ya no era una granja, sino solamente un hogar.

Poe aparcó junto a un Audi limpio. Notó que la matrícula era vieja. No era un coche valioso, pero estaba bien cuidado. Muy acorde con lo que sabía de Cowan. Después de golpear la puerta con los nudillos, Bradshaw y él dieron un paso atrás y esperaron.

Cowan no tardó en contestar. Abrió la puerta con cautela, lo justo para poder asomarse, sin llegar a quitar la cadena de seguridad.

Lo primero que pensó Poe fue que los últimos veinte años no habían sido amables con él. Tampoco esperaba que estuviera igual, nadie salía indemne del paso de dos décadas,

pero el cambio en su aspecto había sido muy brusco. La última vez que lo había visto, era un ganadero robusto: duro como la teca y fuerte como un toro. Ni un gramo de grasa y una buena cabellera. El hombre que tenía delante era un anciano. Frágil y de ojos cansados. Encorvado y con el pelo raro.

Poe le enseñó su identificación.

Cowan entornó los ojos al leerla.

—Yo le conozco —dijo.

—Mi abuelo engañó al abuelo de Selkeld, sargento Poe —dijo Cowan—. La culpa de la pelea que tuvieron nuestras familias durante tantos años era nuestra.

Se encontraban en la sala estar de Cowan. Era limpia, pero funcional. Un sofá y un sillón. Una mesa baja, y poco más. Ni televisión ni fotos. Probablemente, la utilizaba solo cuando tenía invitados. Poe sospechaba que el hombre pasaba gran parte de su tiempo en la cocina que habían atravesado, a juzgar por el tronco de leña humeante y el cómodo asiento junto a la radio. Poe le había preguntado por qué pensaban Philip y Sheena que solo podían verse en secreto.

—¿Cómo que los engañaron? —preguntó Poe.

—Yo no sé todos los detalles, y a mí me dijeron durante muchos años que los Selkeld fueron quienes intentaron engañarnos a nosotros, pero, por lo que yo sé, mi abuelo levantó un muro de piedra seca en tierras de Selkeld, y luego mintió en el informe de un inspector. Consiguió un abogado mejor que el suyo y ganó en los tribunales.

—Y esto fue antes de que hubiera registros informáticos —dijo Poe—. En aquella época, ganaba el que tuviera un argumento más convincente.

Cowan asintió.

—En fin, que por eso decía el padre de Philip que no podía ver a Sheena.

—Pero, por lo que sabemos, sí se veían.

Cowan volvió a asentir.

—¿Por qué ha venido, sargento? —dijo—. Usted ya sabe todo esto. Dice que ahora trabaja para la Agencia Nacional del Crimen, ¿no?

—Sí, señor.

—No me extraña. No soy experto, pero usted era el más competente de los policías que conocí cuando Sheena desapareció. No estaba dispuesto a quedarse con la primera explicación que le daban.

—Tal vez debería haberlo hecho —murmuró Poe.

Cowan se quedó mirándole, con sus ojos legañosos algo más encendidos. Empezaron a humedecerse. No tanto como para formar lágrimas, pero lo suficiente para indicar a Poe que iba bien encaminado.

—Así que la ha encontrado —dijo Cowan—. ¿Cómo?

—Mi perro persiguió a un conejo —dijo Poe.

—Creo que sé lo que les ocurrió a Sheena Cowan y Philip Selkeld, Poe —dijo Bradshaw.

Era una afirmación arriesgada, incluso para ella. Llevaba todo el día sentada a su lado y la única información en la que podía basarse era lo que él le había contado. Sin embargo, Poe la conocía desde hacía el tiempo suficiente como para saber que no habría dicho algo tan sorprendente si no pudiera argumentarlo.

Por ello, en vez de decir algo como «No seas ridícula», dijo: «A ver...».Y ella se lo explicó.

Estaba todo relacionado con un campo lleno de orquídeas macho. Dedos de muerto que señalaban hacia una tumba.

Cuando Poe le dijo el nombre de esa flor que alfombraba la pradera, ella buscó rápidamente su pH preferido. Si crecían mejor en suelos ácidos o alcalinos.

De haber sido los primeros, Bradshaw habría dejado que Poe volviera a dormirse.

Pero eran estos últimos. Los dedos de muerto crecían mejor en suelos alcalinos. En suelos ácidos sufrían. No llegaban a morir, pero tampoco prosperaban. Con el tiempo, simplemente dejaban de crecer allí.

Bradshaw se lo dijo y Poe contestó:

—Vale.

Luego le explicó qué tipo de cosas podían volver ácido el pH del suelo.

El azufre.

Ciertos fertilizantes.

El nitrógeno.

El hierro...

Poe había visto el trozo de pradera del tamaño de una pista de tenis que no tenía dedos de muerto cuando Bradshaw le preguntó cómo se llamaban aquellas flores moradas. Pero no se había parado a pensar en él.

Aunque claro, Poe no era científico.

Bradshaw sí lo era. Tenía una mente curiosa. Así que ella sí se había detenido a pensar en ello.

Sabía que gran parte del suelo de la pradera tenía que ser alcalino. Y también sabía que el tramo «sin» orquídeas moradas tempranas tenía que ser ácido.

Algo había alterado el pH de aquel tramo de suelo.

Y también había un MGB Roadster de carreras verde que había desaparecido de la faz de la tierra. Un coche viejo con muchas piezas de hierro. Bradshaw no creía que el Roadster estuviera en Ámsterdam o en Praga.

Creía que estaba enterrado en la reserva natural junto a la que habían comido. Filtrando hierro al suelo durante los últimos veinte años.

Poe pensaba que su teoría era absurda.

Fantástica.

Incluso obscena.

Y, sin embargo, sabía que eso era exactamente lo que había ocurrido.

—Por supuesto, todo esto se puede comprobar —dijo Poe—. Mañana por la mañana, el coche seguirá allí. Que un equipo especializado de la policía científica lo desentierre depende completamente de usted, señor Cowan.

—¿Qué quiere de mí?

—Hablar —dijo Poe.

Así que Cowan habló. Habló de sus adoradas ovejas Herdwick. De su granja. Del legado de su bisabuelo.

Y luego habló de cómo nada de aquello importaba tratándose de su hija. El sol salía y se ponía con ella. Lo único que deseó en toda su vida fue que ella fuera feliz. No importaba que no quisiera seguir con el legado familiar. Otra familia podría coger su relevo.

Cuando se enteró de que Sheena era quien había contagiado a la granja, se enfadó. Pero su enfado no fue nada comparado con el disgusto de ella. Sheena le dijo que quería a Philip Selkeld con una ferocidad ardiente, pero que su amor por él era más fuerte. Mucho más. Que, para ella, defraudarle tanto había sido peor que perder a su madre.

—No me di cuenta de que llevaba horas fuera, sargento —dijo Cowan—. Tenía que hablar con la gente del ministerio. Había que sacrificar a mis ovejas y necesitaban mi colaboración con logística y acceso. Ese tipo de cosas. Así que no noté que Sheena no había bajado por la mañana. Y cuando me di cuenta, di por hecho que era porque estaba asustada. Avergonzada.

—¿Cuándo se dio cuenta de que había desaparecido?

—Ese mismo día, más tarde. La llamé para que bajara a comer sopa y un sándwich, nuestra comida habitual. Como no bajaba, le subí una bandeja. Iba a dejarla en el suelo delante de su habitación, pero algo me hizo llamar a la puerta y entrar. No estaba. Y no había deshecho la cama.

—¿Fue entonces cuando llamó a la policía?

—No —contestó Cowan—. Primero llamé a Gail, la madre de Philip. Siempre me he llevado bien con Gail. Es una mujer práctica, muy de aquí, de Cumbria. Viene de una buena estirpe de ganaderos. A ella no le pesaban las peleas por tierras como a su marido.

—¿Usted creía que Sheena podía estar allí? —preguntó Poe.

—Sí. Pero Gail dijo que estaba a punto de llamarme. Que Philip también andaba desaparecido. Estaba loca de preocupación. Yo le dije que eran jóvenes y que estaban enamorados, pero que se habían buscado un problema. Que si se habían ido juntos, volverían en cuanto estuvieran pelados. Pero no la convencí. Decía que Philip solo conocía la granja y el pueblo, nada más. Que no era tan sofisticado como Sheena.

—¿Fue ella quien llamó a la policía?

—Sí.

—¿Qué pasó entonces?

—Unos tipos de uniforme se presentaron aquí. Revisaron la habitación de Sheena y la granja. Me dio la sensación de que no les interesaba. Que solo era burocracia.

—¿Cuándo notó que el coche no estaba?

—Ese mismo día. Los policías estaban registrando los anexos; ella siempre lo aparcaba en el cobertizo nuevo. Tenía menos palomas en las vigas. Y no estaba. Le dije a los policías que si su coche había desaparecido, ella también. Que se habría ido con ese chico.

—¿Por qué no le creyeron?

—Sí, me creyeron. Pero William Selkeld les dijo otra cosa. No quería aceptar que su hijo se escapaba para ver a mi Sheena. Decía que Philip odiaba a los Cowan. Si hasta Gail le dijo que no era verdad, pero él, erre que erre. Le dijo a la policía que yo había matado a su chico para que no hubiera nadie que pudiera seguir con su granja, como me iba a pasar a mí. Estaba muy loco.

—Pero alguien en la policía de Cumbria le hizo caso —dijo Poe—. De lo contrario, yo no me habría involucrado.

—Piense que William era masón —dijo Cowan—. En fin, usted ya sabe lo que pasó después. Me interrogaron por un doble asesinato. Usted fue uno de los pocos que no lo veía así. Al final, la policía aceptó lo que les había estado contando todo ese tiempo: que

Sheena y Philip se habían largado juntos. Ella siempre había querido ir a las grandes ciudades de Europa y yo creía que estarían por allí.

—¿Y sigue pensándolo?

—No. Yo solo les digo lo que pasó. Y lo que pensaba en ese momento. Nunca les mentí ni a usted ni a la policía, sargento. Cuando usted vino a mi granja, lo que le dije era lo que creía. Pero, luego, cuando usted ya se había marchado, descubrí que estaba equivocado.

—Le escucho...

—Usted sabe que cada año yo bajaba a mis hembras del monte a Clearview Field, ¿verdad? Para ayudarlas un poco...

—Sí, lo sé.

—Sí. Bueno, pues aunque los del ministerio iban a venir a sacrificar mis animales, hasta que viniesen, yo era responsable de su bienestar. Tenía que hacer mis rondas. Ver cómo estaban.

Cowan se quedó en silencio. Sus ojos brillaban y, de pronto, se humedecieron. Una lágrima solitaria cayó por su rostro arrugado y azotado por el clima. No hizo ademán de enjugársela. Poe tampoco quiso avergonzarle apartando la mirada.

—Los encontré —dijo Cowan—. Estaban en el coche. Se habían metido en el medio de Clearview Field. Al principio, pensé que se habían emborrachado y se habían quedado dormidos. Los estuve llamando. Les pregunté a qué estaban jugando, asustando a las ovejas de esa forma.

—¿Estaban muertos?

Cowan asintió, pero no dijo nada. Se acercó a un escritorio de persiana de aspecto tradicional que había cerca de la ventana. Era de madera oscura. Nogal, pensó Poe. Abrió un cajón y sacó una hoja de papel desgastada. Se la dio a Poe.

—Parece que mi Sheena no podía vivir con lo que había hecho, sargento —dijo—. Y parece que Philip no quería vivir sin ella. Se tomaron un montón de pastillas y bebieron mucho vodka. Se quedaron dormidos y murieron. Esa es la nota que dejó mi Sheena.

—¿Puedo leerla? —dijo Poe.

—Por favor.

Así lo hizo. Era estremecedora. Ecos pasados de dos chavales que no veían ninguna salida. Como todas las notas de suicidio que había leído, era una solución permanente a un problema temporal. Cuando terminó, se la pasó a Bradshaw.

Se echó a llorar antes de llegar al final.

—¿Puedes hacer una copia, por favor, Tilly? —dijo suavemente Poe.

Ella se sorbió la nariz y asintió.

—Esto no es una nota conjunta, John —dijo Poe—. Es de Sheena para usted. ¿Dónde está la de Philip?

—¿Dónde cree?

Poe no contestó inmediatamente. Trató de recordar todo lo que sabía sobre el hombre que tenía delante. Un hombre golpeado. Un hombre orgulloso. Probablemente, terco. Pero un hombre honrado.

La respuesta estaba clara.

—Se la dio a Gail Selkeld —dijo.

Cowan asintió.

—Cuando los vi, no sabía qué hacer. De hecho, pensé en llamarle a usted. Pero luego pensé en lo que pasaría. Encontrarían sus cuerpos. Los enterrarían separados; seguro que William insistiría. Pero habían muerto juntos y pensé que deberían seguir juntos. Así que esperé a que William se fuera de la granja y fui a ver a Gail. Le enseñé la nota de Philip y le dije lo que pensaba. Aunque también dije que la decisión era suya: haría lo que ella quisiera. Si quería un entierro cristiano para Philip, llamaríamos a la policía allí mismo.

—¿No quiso?

—Quería verlos. Y quería ver la nota de Sheena. Luego dijo que estaba de acuerdo conmigo. Que si podíamos hacerlo, los chicos deberían seguir allí, en paz.

—¿Los enterraron en Clearview Field?

—Justo donde dice la señorita Bradshaw —contestó Cowan—. Llevé mi JCB hasta allí y cavé una zanja. La hice profunda. Dijimos unas palabras, y entre Gail y yo empujamos el coche, con mi hija y su hijo dentro. La rellené de tierra y me pasé el resto de la noche intentando que quedara lo más natural posible. Tampoco tenía que ser para mucho tiempo, pues era primavera y la hierba crecía aprisa. Al año siguiente, cuando ya había crecido toda, llamé a la administración de parques naturales y les dije que tenía unas tierras que podían quedarse como préstamo permanente. De vez en cuando, voy hasta allí. Hablo un rato con Sheena. Le pregunto en qué anda. Le cuento qué tal me ha ido el día. A veces veo a Gail, pero casi siempre estoy solo.

—Es un lugar precioso —dijo Poe—. Y un sitio fantástico para descansar eternamente. Cowan se quedó mirándole intrigado.

—¿No me va a detener?

—Hoy no, señor Cowan —dijo Poe—. Tendré que comprobarlo con Gail, por supuesto, pero suponiendo que confirme su versión de lo ocurrido, y no me cabe duda de que lo hará, yo tampoco querría molestar a la pareja.

—Gracias —dijo Cowan.

—Adiós, John —respondió Poe—. Lamento muchísimo su pérdida.

—¿Podemos volver de vez en cuando, Poe? —preguntó Bradshaw en cuanto se subieron al coche.

—Creo que estaría bien, Tilly.

—¿Y podemos plantar semillas de flores silvestres moradas cuando vengamos? —continuó—. Plantas a las que les guste el suelo ácido, para que la tumba de Sheena Cowan y Philip Selkeld esté bonita...

—Siempre y cuando sean plantas nativas, me parece una gran idea.

—Así, si viene alguien que piense como yo, no verá un tramo desnudo y tampoco se preguntará por qué está así.

Poe asintió y le lanzó una mirada.

—Nadie piensa como tú, Tilly —dijo—. Eres única. Un genio, pero también una buena persona.

—Gracias, Poe —respondió Bradshaw.

—Y generosa. Especialmente con tus amigos.

—No va a haber otro pastel de cerdo, Poe.

—Me has pillado, ¿eh?

—No eres muy sutil, Poe —contestó ella—. Pero, descuida, tengo algo que te va a gustar aún más.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Compré «dos» de esas tartas de queso sin queso que tanto te gustan. Podemos comernos la otra esta noche.

Desde la parte trasera del coche, Edgar gruñó.

Título original: *Cut Short*

© 2020, M.W. Craven

Primera edición en este formato: mayo de 2021

© de la traducción: 2021, Ana Momplet Chico

© de esta edición: 2021, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788418557316

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Campo de muerte

¿Por qué no encogen las ovejas?

Dedos de muerto